

VALENTIN PANZARASA

SALESIANO

el veneno de la serpiente

PRO MANUSCRIPTO

EXTRA - COMERCIAL

TALLERES CASA NAC. DEL NIÑO

SANTIAGO DE CHILE — 1937

RAZON DEL TITULO

La serpiente es aquélla, antigua ya, dedicada siempre a molestar a la humanidad en su camino hacia la dicha sin términos. Su veneno está actuando de distintas maneras, en este pobre mundo: una, al través del Comunismo ateo que, con furia satánica, busca destruir todo lo Cristiano; otra, en gran número de los católicos, manteniendo en ellos la inconsciencia y la indolencia donde debería arder una profunda vida cristiana, en defensa de los derechos de Jesucristo, y en bien de todos los hermanos desamparados.

IDEAS PRINCIPALES

	Págs.
Calumnia satánica de la impiedad contra la Iglesia	3
Contestación y refutación de la misma calumnia ...	3 - 5
Valor inmenso de nuestra Santa Religión	5 - 8
El Papa mismo refuta la calumnia	8 - 9
Cómo se ha impedido la obra salvadora de la Iglesia	9 - 10
Cómo la ha perseguido y la persigue el comunismo ateo	10 - 14
Causa de los horrores en la madre España	14 - 15
Nuestras graves responsabilidades en los males de hoy	15 - 16
Prueba de ello: Clamores de los Papas	17 - 21
Otra prueba: El Biombo	21 - 24

PUNTOS BASICOS DE SALVACION

El factor universal de la oración	25 - 27
La penitencia y la cruz de cada día	27 - 29
Fraternidad humana	29 - 30
Reducción de la aváricia y de la codicia de las riquezas	31 - 33
Más unión entre los católicos	33 - 38
Educar con más profundo espíritu cristiano nuestra juventud	38 - 42
Instrucción religiosa más completa y más vigorosa	42 - 44
Administrar las riquezas con concepto cristiano...	45 - 50
Más acción social cristiana en favor del pueblo ...	50 - 52
Pagar salarios humanos	52 - 54
Coto a la voracidad del capitalismo	55 - 58
Práctica generosa de la caridad social	58 - 61
Favorecer el sindicalismo blanco	61 - 65
Tender a implantar las corporaciones... ..	65 - 67
Dedicación sacrificada a la Acción Católica ...	67 - 71
Conclusión	72 - 73
Apéndice con chicote	73 - 76

RECHAZANDO EL CLAVO

(A propósito de los horrores de España y la Iglesia Católica)

De distintos sectores de la opinión mundial, donde anidan y crecen lozanos los intereses tenebrosos, se mantiene en los oídos del mundo una afirmación gravísima, injusta, calumniosa, que, de ser verdadera, liquidaría toda la civilización cristiana, y hasta el carácter divino de nuestra Santa Religión. Este hecho monstruoso hace conveniente repetir de distinto modo la prueba de lo contrario y poner de manifiesto la mala fe de los propaladores de semejante calumnia.

Dicha monstruosidad la formulan de este modo: **La Religión de Jesucristo se ha mostrado incapaz de impedir la catástrofe social de España; luego su valor social es nulo. O bien: La Iglesia se dice divina, con remedios divinos para todos los males morales de la humanidad: ¿por qué no ha prevenido e impedido tanta catástrofe en la católica España?**

¿Quién no siente en estas afirmaciones el veneno más sutil de los enemigos más encarnizados que tiene Jesucristo?

*
* *
*

Para examinar con provecho esta calumnia empecemos a aclarar algunos conceptos.

1.º) Es bien distinta cosa la Religión, la Doctrina y la Moral de Jesucristo, considerada tal como la enseña El y la propone la Iglesia Católica, de la vida práctica de los que se dicen católicos. No es justo ni racional mirar a los católicos,

especialmente a los poco instruídos y poco observantes, fijarse en su conducta defectuosa, y decir: He ahí la Religión de Cristo, he ahí sus defectos, he ahí su incapacidad de elevar, de promover la verdadera civilización!

Cabalmente: si la conducta de los católicos (muchos o pocos no importa para el caso) no es ejemplar, es porque no guardan su propia doctrina; en su mal vivir no son católicos, y la Religión es la primera en lamentar, en condenar sus desórdenes. Luego estos desórdenes no se pueden imputar a la doctrina, así como no se puede imputar a la matemática los errores de los que no la conocen y la usan mal.

2.º) La Iglesia “**docente**”, que es la cabeza de la Iglesia (Papa y Obispos que viven en comunión de doctrina y jerarquía con El), no es lo mismo que la Iglesia **discente**. Esta comprende los fieles y sacerdotes inferiores que reciben las luces de arriba y son los que deben guardar y hacer guardar próximamente la doctrina y los mandamientos por el pueblo cristiano. Cuando hubiera verdaderas (no sólo supuestas) faltas en la enseñanza o aplicación de las doctrinas católicas por parte de las capas inferiores de la Iglesia, no se las podría razonablemente imputar a la doctrina misma. Ella sale purísima de sus fuentes (el Santo Evangelio —la predicación de Jesucristo— las enseñanzas de la Iglesia Católica), y sólo por el juego de las libres voluntades puede enturbiarse. Observa Berdiaeff a este propósito (pág. 96 de su “Marxismo y Religión”):

“Hay que recordar siempre que la Iglesia está compuesta de un elemento divino y un elemento humano; que la vida de la Iglesia es una vida teándrica, es decir una acción recíproca de lo divino y de lo humano. Los fundamentos de la Iglesia son eternos e infalibles, santos y puros, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. El elemento divino en la Iglesia, es Cristo, su Jefe; es la enseñanza moral del Evangelio, los principios fundamentales de nuestra fe; los dogmas de la Iglesia, los Sacramentos, la acción de la gracia del Espíritu Santo. Pero el lado humano de la Iglesia es falible, variable; puede ser desfigurado, pueden producirse en él mistificaciones, lacras, alteraciones, faltas, como también movimientos

creadores, desarrollo, apogeo de riqueza, y fluctuaciones varias. Los pecados de la humanidad y de la jerarquía eclesiástica no son los pecados de la Iglesia tomada en su esencia divina, y no menguan su santidad. El Cristianismo lucha contra la naturaleza humana, exige de ella un destello y una transfiguración, y la naturaleza humana le opone resistencia y tiende a desfigurarle. La lucha entre lo humano y lo divino prosigue constante y en su curso, a veces, lo divino ilumina lo humano, y otras, lo humano adultera lo divino”.

Muy buenas las ideas de Berdiaeff, aunque la expresión es un tanto descuidada.

Cuando los adversarios afirman maliciosamente que la Iglesia o su doctrina no han sido capaces de impedir los desastres de España, es evidente que con su tiro apuntan, no al pueblo cristiano, sino a más arriba, a la Iglesia misma en cuanto tal, a la Religión en sí misma, ya que sólo así pueden producir el descrédito apetecido. ¿Qué ganarían si dijeran solamente (supongamos): “Los fieles católicos de tal parte no supieron o pudieron impedir tal desastre? En esto a la Religión no le vendría ningún desdoro; no tendrían interés alguno en divulgar tal afirmación.

*

* *

Con estas premisas avancemos un poco.

¿La Religión Católica, su Moral, tiene poco valor social? Esto puede estar en boca sólo de quien ignora totalmente qué cosa es la Religión de Jesucristo y la Historia Humana de veinte siglos. Nuestra Religión es un tesoro inmenso, **un océano de tesoros** (ninguna exageración ésta, para los que la conocen), puesto al alcance de todo individuo humano. Ella es Vida Divina, Vida de Cristo, que quiere darse y comunicarse a cada hombre, para producir en él los más preciosos frutos de vida integral, en este mundo y en el otro.

Digamos algo muy imperfectamente de este tema vasto como el cielo mismo.

La Religión de Cristo, practicada a fondo, es luz divina, bondad divina, gozo divino, fuerza divina, paz divina, alegría divina, para el individuo, para la familia, para la sociedad en que vive. No quita todas las pruebas de esta vida, pero las disminuye mucho, y las que deja, resultan más llevaderas, más aprovechables moralmente, y, en muchos casos, deseables. La historia de esos hombres admirables que se llaman santos, declara estas maravillas.

La Moral de Cristo, vivida rectamente, fomenta todo trabajo noble y honesto, toda belleza, todas las artes, todos los progresos, todas las riquezas decorosas. Es la única fuente de felicidad verdadera para la familia humana. Disminuye los odios entre personas y personas, entre clases y clases sociales, da el espíritu de respeto mutuo, de mutuo auxilio, de fraternidad, de amistad, de caridad, de bondad; elementos éstos imposibles de extraerse de procederes o industrias humanas: (es intuitivo). La Moral Católica es la única que sabe dar a los legítimos amores humanos el sello tan anhelado siempre de la ternura, de la profundidad, sinceridad, constancia y devoción. Nada tan provechoso como la Religión Católica aún para los progresos legítimos de la agricultura, del comercio, de la industria, etc. Basta ponderar los frutos de una labor honrada y honesta bajo todo punto de vista, para darse cuenta de que toda producción mejoraría mucho más en ambiente sinceramente cristiano que en un régimen donde la conciencia moral casi no cuenta para nada! ¿Acaso la crisis mundial, en todos sus aspectos, no es principalmente debida a falta de rectitud moral, de conciencia en todas las capas sociales?

La Moral Católica, si bien es ley que quiere guiar nuestras voluntades vacilantes, por la senda de la rectitud y perfección, es en el fondo, la misma Bondad infinita de Dios, hecha nuestra pedagoga, nuestra conductora, nuestro médico, para llenar nuestra natural vaciedad. Moral Católica, tomada en su integridad, con sus verdades especulativas a la base, con sus mandamientos, con las ayudas de la gracia divina, con los vehículos que traen esa gracia hasta nosotros (oración, sacramentos, buenas obras), es la misma **Redención de Jesu-**

cristo en acto, en cuanto es fuerza divina que quiere divinizarlos. Nos aplica las verdades especulativas para llenar con ellas de luz sobrenatural nuestra débil y pobre inteligencia; con sus preceptos nos lleva por el camino de la elevación moral; con sus sacramentos nos toma desde la cuna y nos acompaña hasta la tumba, regalándonos de sí misma en todas las circunstancias capitales de nuestra existencia; administradora y guardadora de esta Moral, es la Iglesia Católica, suprema Maestra infalible, quien, por su parte, la aplica con eficacia segura. En su centro, la Divina Eucaristía que, recibida con disposiciones excelentes, hace de todos nosotros la familia adoptiva de Dios Padre, con real participación de todas sus infinitas riquezas.

Moral Cristiana, de nosotros a Dios, (lo precedente es la misma Moral considerada de Dios a nosotros), es todo lo bueno: es el culto filial a la soberana majestad de Dios; es el amor total a El y al Cristo, por El enviado para que pudiésemos volver a la casa paterna; es amor de nosotros a nuestros prójimos, considerados como nuestros hermanos; es amor de pueblos a pueblos, todos miembros de la misma familia humana, divinizada por la gracia de Jesucristo. Es amor de los ricos a los pobres, de los poderosos a los débiles, a los desvalidos, a los enfermos, a las mujeres, a los niños, etc. La Moral Católica, observada por toda la Comunidad Social es la sola capaz de saciar los anhelos de felicidad, de paz, de luz, de plenitud interior, de descanso, de esperanza firme, de ideales, de unidad interior, de concordia exterior, que en la actualidad andan desgarrando millones y millones de espíritus, sin que ninguna otra orilla pueda sinceramente ofrecer algún puerto de verdadero descanso. Es lo que el penetrante Papini afirma allá donde dice:

“Señor, sólo tú puedes sentir cuán grande, cuán inconmensurablemente grande es la necesidad que hay de Ti en este mundo; en esta hora del mundo. Todos necesitan de Ti, aun aquéllos que lo ignoran, y éstos más que los que no lo ignoran. El hambriento se imagina que busca pan, y es que tiene hambre de Ti; el sediento cree desear agua, y es que tiene sed de Ti; el enfermo se ilusiona con el ansia de la salud,

y su mal está en Tu ausencia. Quien en el mundo busca la belleza, sin advertirlo Te busca a Ti, que eres belleza completa y perfecta; quien con su pensamiento va en pos de la verdad, sin saberlo, Te desea a Ti que eres la única verdad digna de ser conocida; quien corre afanoso tras de la paz, te busca a Ti, única paz donde pueden hallar quietud los corazones más inquietos. Ellos Te llaman sin saber que Tú eres nuestro". (Oración final en su **Vida de Cristo**).

*

*

*

¿Nuestra Religión no tiene valor social? A esta mentira, del modo siguiente contesta el mismo Santo Padre Pío XI en su alocución a los refugiados Españoles (día 14 de Setiembre, 1936):

"Por confesión misma de las fuerzas subversivas que a todos y a todo amenazan, la Iglesia y su doctrina son el único verdadero obstáculo para su obra destructora. Pues en muchas partes se ha combatido y se combate a la Iglesia, a su doctrina y a su acción benéfica sobre el individuo, sobre la familia y sobre las masas".

"Dése una sociedad en que tengan libre y sincera difusión las máximas que enseñan continuamente la Religión y la Iglesia; dése una sociedad donde las leyes establecidas por el mismo Dios sean norma de la conducta y dignidad individual, de la justicia privada y pública, de la santidad de la familia; dése una sociedad en que se guarden con sinceridad la doctrina y las normas que la Iglesia da acerca del origen y ejercicio de la autoridad social y de toda superioridad, acerca de la paternidad humana divinizada en Jesucristo, y en su cuerpo místico, la Iglesia; donde sean obedecidas las normas de la Religión sobre la dignidad del trabajo, sobre las inefables y seguras esperanzas de todo sacrificio, sobre los deberes de la mutua caridad, que no tiene límites, así como no los tiene en amor que debemos a Dios; dése una sociedad en la cual tengan pleno dominio estos principios y todas las conclusiones prácticas que con éstos están lógicamente enlazadas, y **enton-**

ces se podrá ver cuál es la influencia de la Religión sobre la vida privada, familiar y pública en una nación; entonces se verá que sólo la Religión vivida íntegramente, con la gracia divina, los sacramentos y toda su ordenación es la fuente más abundante de felicidad para los pueblos”.

“Claro está que aún en una sociedad semejante siempre quedarían las terribles posibilidades de las negligencias, de la inercia, de la resistencia, de la oposición que manan de la libertad humana, pero en ningún caso se podría atribuir a la Iglesia las torturas trágicas de la sociedad”.

*
* *

Para que la Religión de Cristo reporte a la humanidad tantos preciosos frutos, es necesario que se la deje libre, que se la respete, que ella pueda llegar a las almas de todos los ciudadanos, para penetrarlos con el divino fermento de la gracia; que pueda restaurar en Cristo la familia, la sociedad, los organismos que en ella se mueven, etc. Pero ¿qué ha pasado desde muchos años (para detenernos solamente en las causas menos remotas de la catástrofe presente)? Se ha desarrollado precisamente esta estrategia: **Perseguir a la Iglesia y aniquilar en lo posible toda su influencia sobre las almas, para que fuera posible sofocar primero, y derrumbar después, la sociedad entera.**

Efectivamente ¿dónde no se ha visto a gobiernos y leyes persiguiendo a la Iglesia, a sus ministros, aún en sus más fundamentales derechos? La laicización de la enseñanza, de los hospitales, de toda la vida pública; el desenfreno de la prensa, del libro, de la moda, de las costumbres; el cinema corruptor, la radio inmoral, disolvente, las asociaciones con fines patentes de destruir a la Iglesia. . . .

Y después de tanta violencia en contra de la Iglesia y tanto estrago sobre las almas, esos mismos aniquiladores de Dios y de la Religión, con tono farisaico se preguntan: ¿Y dónde está la fuerza social, elevadora de la Iglesia?

¡Perdónalos, Dios, porque no saben lo que dicen, ni lo que hacen!

Y aquí no estará mal apuntar algunos datos precisos acerca del plan frío, diabólico, universal, concebido y llevado a la obra por el comunismo (¿y por qué no nombrarlo?), a fin, primero de descristianizar a las almas, y después destruir a la sociedad; primero quitar la fe y el sentimiento religioso, y después promover la revolución y la destrucción universal. Tendremos datos acerca del **valor social del comunismo**, el nuevo Edén propuesto a los pueblos!

Son datos del P. Benito Garnelo, en la "Ciudad de Dios", Mayo 1936.

"LA SOCIEDAD OFICIAL DE LOS ATEOS había creado treinta mil filiales en 1927, y pretendía contar a fines de 1933 con 17.000.000 de socios entre los cuales se habían de contar muchos millones de jóvenes. No sabemos si lo han conseguido.

En 1925 el Ministro de Instrucción Pública, Lunatcharsky, declaraba que "con toda su alma anunciaba los mayores resultados en la lucha que los ateos venían sosteniendo contra el fantasma repugnante de Dios, fantasma que ha causado un mal tan diabólico a la humanidad entera en el transcurso de la historia".

"**LOS SIN DIOS**", que se publica seis veces al mes, tenía en 1933 una tirada de 650.000 ejemplares; el "**SIN DIOS EN LA FABRICA**", tiraba 250.000 ejemplares; el "**ATEISTA COMBATIENTE**", mensual, 50.000; la revista "**EL SIN DIOS**", 300.000, sin contar 24 diarios **Sin Dios** publicados en las 16 lenguas de las minorías nacionales. El "**MANUAL ANTIRRELIGIOSO DEL OBRERO**", había alcanzado en 1930, la tirada de 247.000, el destinado a los campesinos 274.000 ejemplares. En 1930 había seis Universidades anti-religiosas, 77 Escuelas Superiores de la misma índole, en las que, además de renegar de Dios y poseer abundante léxico blasfematorio, era necesario conocer al detalle si Marx era barbudo, si fumaba en pipa, etc.

Los pedagogos rusos tuvieron el cuidado de fundar **Universidades Sin Dios** para niños, y organizaron 80 museos

antirreligiosos para los que no tuvieran tiempo o ganas de estudiar. El Museo Central de Moscú, se dice que al año recibe 300,000 vistas de curiosos.

Al mismo fin de la propaganda atea se consagran los teatros. En ellos se ha celebrado la sacrilega mascarada del proceso contra Dios, al cual se le declaraba responsable, por medio de los ministros que han predicado su doctrina, de los males que ha sufrido el proletariado. Como testigos aparecen las supersticiones, leyendas, luchas religiosas, Inquisición, esclavitud, etc., todo cuanto los ateos han imaginado como producto de la creencia en el Dios verdadero.

Lo cierto es que los ateos rusos no desperdician medio de propagar sus ideas por la radio, el teatro, la novela, el periódico, la revista, el folleto, el meeting y el cartel.

Al par de la propaganda intensificada en las escuelas de párvulos por los maestros, no podía faltar la persecución contra los sacerdotes. De los 897 sacerdotes católicos que había en Rusia hacia el año 1916, sólo quedaban 24 en 1933; de los 7 Seminarios que a duras penas funcionaban en el Imperio Moscovita no quedó ninguno; la enseñanza religiosa fuera del seno de la familia está prohibida, y en cambio la antirreligiosa es obligatoria desde 1929. En las escuelas mixtas, con el pretexto de la educación sexual, se han propagado intensivamente las costumbres más deplorables. No acudir a la escuela es acto de anticomunismo. El resultado ha sido una multitud de niños contaminados y de muchachas casi niñas que han tenido que ser enviadas a las casas de Maternidad..... La unión libre con el derecho al aborto en las clínicas del Estado está reconocida por las leyes: y por ello el caos de las costumbres, la multitud de niños abandonados, la inmoralidad y cinismo repugnantes de la juventud ha invitado a reflexionar. La prensa ha reflexionado y en multitud de folletos se impugna el desarreglo de las costumbres, y se dice que la honestidad es un deber social del ciudadano bolchevique; pero, roto el dique, y convencidos más o menos de que no hay un Dios que les exija cuentas, pretender ahora con **aleluyas** cívicas detener la marea de cieno que invade a Rusia, es como oponer una mano abierta a las cataratas del Niágara.

Otras organizaciones ateas de Europa.—El centro antirreligioso más antiguo que sirve de enlace a diversas organizaciones de Europa y América es la INTERNACIONAL DE LIBRES PENSADORES, establecida en Bruselas y que cuenta con unos 100,000 socios, pertenecientes la mayor parte a la pequeña burguesía, como empleados, profesores particulares, físicos, abogados. A esta sociedad está unida la FEDERACION NACIONAL DE LIBRES PENSADORES DE FRANCIA Y SUS COLONIAS, la ASOCIACION DE LOS MONISTAS ALEMANES, la ASOCIACION DE LA PRENSA RACIONALISTA y la SOCIEDAD NACIONAL SECULAR de Inglaterra. Con la Internacional Belga se hallan íntimamente ligadas otras diversas sociedades ateas de Holanda, Suiza, Checoslovaquia, Polonia, Luxemburgo, Méjico y la Argentina. Cada dos años se reúne un congreso en la capital belga y en él organizan el trabajo o campaña que han de realizar los cinco millones de ateos militantes con que cuentan, según dicen. Fundaron en París, en 1934, un **Instituto Antirreligioso**, publican un Boletín, **EL ATEO MILITANTE**, y un periódico titulado: **LA LUCHA ANTIRRELIGIOSA Y PROLETARIA**, que tiraba ya unos 15,000 ejemplares en 1934.

Pilsudski prohibió en 1932 la propaganda atea en Polonia; han sido también disueltos los ateos militantes tchecos, y Hitler disolvió en 1932 las organizaciones comunistas y sin Dios, aunque no para defender las sanas ideas del Cristianismo, sino con el propósito de fusionar todos los elementos en el paganismo germánico.

Hasta qué punto estos llamados ateos están convencidos de sus ideas y renuncian a las nobles aspiraciones para entregarse a los instintos de la bestia, no es fácil definirlo. Como en todo, allí también hay una minoría exaltada que en Rusia y Méjico ha causado extragos muy hondos entre las muchedumbres ignaras y las juventudes inexpertas, y los demás es muy posible que no comprendan bien la enormidad de su ateísmo, y en la idea que tienen de una campaña universal se encuentran rastros de ideas más elevadas.

Pero los trabajos de organización y propaganda no cesan.

Precisamente no ha muchos días, el CORREO DE GINEBRA daba cuenta de haberse reunido en Praga el Congreso de LOS SIN DIOS (suspendido por mucho tiempo y después de largas discusiones preparatorias), entre comunistas y no comunistas. El programa detallado del Congreso que duró largos días, ha sido publicado por el **Antirreligioso**. En las Asambleas Plenarias se trataron los siguientes puntos:

"Unidad mundial de los Librepensadores", "Actividad de las dos Internacionales", "Moral laica", "La reforma de la instrucción y de las leyes escolares", "La escuela y la instrucción en Checoslovaquia", "La política internacional del Vaticano", "La situación jurídica de los Librepensadores en los diversos países", "Las persecuciones de los Judíos", "La juventud y el Librepensamiento", "El frente único contra la guerra y el Fascismo", "La Historia Natural y la Religión". Para terminar, el delegado soviético, Loucatchewsky, pronunció un discurso sobre la actividad desplegada por la Unión de los **Sin Dios** militantes.

A este Congreso asistieron representantes de Inglaterra, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Alemania, Suiza; y lo más trascendental, aparte las materias discutidas, que representan el trabajo de propaganda que se ha de realizar por todo el mundo, es la unión de las dos Internacionales bajo el mando único de Moscú. Dados los modos esencialmente bárbaros de las repúblicas Soviéticas, son de temer innumerables catástrofes por todo el mundo, y por ello el SIN DIOS de Moscú (Abril-1936) subrayando la importancia del último Congreso, dice entusiasmado que la nueva Internacional asegura las perspectivas más amplias de trabajo. Los "SIN DIOS" soviéticos estarán en la vanguardia y lograrán reforzar considerablemente el frente único internacional de los Sin Dios".

Agregando a todo este programa su horrible y sangrientísima realización en España, ¿se podrá decir, al menos, que tienen valor social las ideas y prácticas del comunismo?

Llegados a este punto, como para dejar una idea de paso a la continuación de este estudio, preguntémonos: ¿Qué habría sido si nosotros los católicos hubiéramos tenido, para la

defensa y propaganda de nuestros valores cristianos, la energía, la constancia y la organización de los Rojos para lo malo? Otra vez se ha verificado la palabra de N. Señor: "Los hijos de las tinieblas son más listos que los hijos de la luz".

Desgraciadamente!

NUESTRAS RESPONSABILIDADES Y LA HORA PRESENTE

(SOLO PARA CATOLICOS)

¿Cuánto se ha dicho y escrito ya sobre los acontecimientos de España? y cuánto más se hablará y se dirá sobre los mismos? Pues, ello no obstante, me parece útil, muy útil para todos los católicos, espigar observaciones tendientes a hacernos pesar debidamente la ingerencia que, consciente o inconscientemente hemos tenido en la causación de la historia de la hora presente. Cosas nuevas tal vez no diré; pero consideraciones de importancia, espero, nacerán en el ánimo del atento lector de estas páginas.

i

¿Cuáles son las causas de los horrores que se han realizado en España, y, en escala diferente, en Rusia, Méjico, etc.?

Muchas causas se pueden enumerar, según el punto de vista en que se ponga el observador de los acontecimientos, y según cuál sea su ideario. Vamos a enumerar algunas de estas causas, sin pretensión de que todas sean distintas adecuadamente unas de otras.

Esos desastres provienen, para unos, de la irreligión de las masas; para otros, del paganismo de la vida; para otros, de la avaricia y dureza de los ricos, de una economía injusta, de la siniestra propaganda del Soviet comunista, de la obra nefasta de los Sin Dios, etc. Cualquiera podría hacer un estudio detenido alrededor de cualquiera de esas causas; pero ello no sería un estudio completo; trabajo completo sería el que analizara todas las causas con objetividad, y las jerarquizara, indicara la o las fundamentales, para enseñanza de la historia. A nosotros los católicos resulta muy útil y hasta indispensable el considerar, entre todos esos factores realmente causantes, lo que corresponde a nuestra conducta. Digo claramente: sin negar la eficiencia de todas las causas indicadas, debe llamar profundamente nuestra atención este otro punto de juicio: **esos hechos tan horribles han pasado (y en otras partes amenazan producirse) porque nosotros no hemos cumplido con nuestros más graves deberes.** Si nosotros hubiéramos sido cristianos de veras, esos desastres no hubieran sucedido con caracteres tan horribles.

¿Sonará mal esta proposición? Puede ser; pero la realidad histórica es tan horrible, que debemos estimar, sobre todo interés ajeno, la verdad. Sólo con la verdad podremos orientarnos en el caos que se ha producido.

*

*

*

Con esto queda indicado el por qué de esta crítica. ¿Será un cartucho quemado sólo en contra de los Españoles? No; es en contra de todos nosotros los católicos, tomados en masa; lo que pasó y pasa en España, puede pasar mañana en veinte naciones más en el mundo, y ¡ojalá no fueran tan próximos los peligros de idénticas tragedias! Allí donde las ruinas sociales parece que ya van a estallar, decimos que la marea de odios ha subido y forcejea, porque nosotros los católicos no hemos cumplido nuestros más severos deberes. Mortificante

es la afirmación y nada halagüeña para el amor propio. Pero no hay que desanimarse: de otro modo la historia seguirá su curso, impulsada por energías devastadoras, y nos aplastará, llevando consigo el fruto de tantos siglos de trabajo, el grado de civilización humana y cristiana que hemos alcanzado. Estas páginas están inspiradas sólo por un gran deseo de bien para todos.



¿Cómo se plantea la dolorosa demostración de nuestra responsabilidad en los graves acontecimientos que nos llenan de sobresalto? El argumento, en su centro, es sencillo; más laborioso es demostrar sus partes; pero lo haremos con discreción para servir a la buena causa. He aquí el argumento enjuto:

1.—Desde 50 años los Papas claman a menudo y con gran aprensión en el alma, indicando la gravedad extrema de los males inminentes; al mismo tiempo, con la misma insistencia, afirman que sólo con la práctica de la doctrina social del Evangelio se pueden prevenir esas desgracias.

2.—Los Papas, han, repetidas veces, indicado los puntos básicos de esa doctrina e inculcado insistentemente su práctica. Desgraciadamente los católicos no se dieron todos por aludidos; la mayor parte no estudiaron las doctrinas sociales de los Papas, no las pusieron en práctica y siguieron en su rutina de egoísmos.

3.—Sucedió lo que debía suceder: los máximos males predichos por los Pontífices empezaron a realizarse y continúan realizándose. Salta a la vista la responsabilidad nuestra (de los católicos) por este capítulo, en los acontecimientos de fuego y sangre que amenazan hoy la entera familia humana; es el caso doloroso de decir: los Papas hablaron a sus hijos; éstos no los escucharon, y vinieron todas las calamidades. Demos una breve explicación de cada uno de los puntos precedentes.

II

Clamores de los últimos Papas acerca de los gravísimos males inminentes. (1)

El Papa León XIII, en su Encíclica "Rerum Novarum", hace cerca de 50 años, escribía (epílogo de la Encíclica, N.º 83): "Aquí tenéis, Venerables Hermanos, quiénes y de qué manera deben trabajar en esta **dificilísima** cuestión. Aplíquese cada uno a la parte que le toca, y **prontísimamente**; no sea que con el retraso de la medicina se haga incurable el mal ya **tan grave**. Den leyes y ordenanzas previsoras los que gobiernan los Estados: tengan presentes sus deberes los ricos y los amos; trabajen, como es razón, los proletarios, a quienes pertenece esta causa; y, puesto que la Religión es la única que puede arrancar de raíz estos males, pongan todos principalmente la mira en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales las armas de la mejor prudencia valdrían muy poco para alcanzar el bien deseado".

Y para que resalte el deseo vivísimo que tenía S. S. de que las doctrinas sociales expuestas en su Encíclica fueran conocidas por todos y practicadas, pondérense estas sus palabras finales en el mismo documento: "Los sagrados ministros apliquen a esto todas las fuerzas de su ánimo y toda su industria, y precediéndolos vosotros, Venerables Hermanos (los Obispos), con la autoridad y con el ejemplo, **no cesen de inculcar** a los hombres de todas las clases, las enseñanzas de la vida, tomadas del Evangelio. **Con cuántos medios puedan**, trabajen en bien de los pueblos, y especialmente procuren conservar en sí y excitar en otros (tanto de las clases altas como de las clases más bajas) la **caridad**, reina de todas las virtudes. Porque la salvación que se desea, principalmente se ha de es-

(1) Las citas están sacadas de "Enseñanzas Sociales de la Iglesia", edición con párrafos numerados. Santiago. Talleres Claret. 1932.

perar de una grande efusión de caridad cristiana, dispuesta siempre a sacrificarse a sí propia para el bien de los demás”.

¿Cómo hemos correspondido nosotros a tantos clamores del Papa, nuestro Capitán supremo? ¿Cómo hemos estudiado y practicado la doctrina social de la Iglesia? Pero sigamos oyendo insistencias de otro Papa.

*

*

*

Pío XI en su Encíclica “Quadragesimo Anno” no es menos claro en iguales y mayores clamores a todos los católicos para que estudien y guarden las doctrinas del Evangelio. Lo cual demuestra que las palabras de León XIII no fueron suficientemente practicadas.

a) (N.º 127) “Es en verdad lamentable, Venerables Hermanos, que haya habido y **aun ahora haya** quienes, llamándose **católicos**, apenas se acuerden de la sublime ley de justicia y de la caridad, en virtud de la cual nos está mandado, no sólo dar a cada uno lo que le pertenece, sino también socorrer a nuestros hermanos necesitados como a Cristo mismo; estos tales, y es lo más grave, no temen oprimir a los obreros por espíritu de lucro. Hay además quienes abusan de la misma Religión y se escudan con su nombre para seguir en sus injustas exigencias, y para defenderse de las reclamaciones completamente justas de los obreros. **No cesaremos nunca de condenar semejante conducta**; esos hombres son la causa de que la Iglesia inmerecidamente haya podido tener la apariencia y ser acusada de inclinarse de parte de los ricos, sin conmoverse ante las necesidades y estrecheces de quienes se encontraban como despojados de la parte de bienes que les corresponde en la vida”.

“Por esto juzgamos superfluo prevenir a los buenos y fieles hijos de la Iglesia contra el carácter **impío e injusto** del Comunismo; pero no podemos menos de condenar con profundo dolor la **incuria** de los que parecen despreciar **tan inminentes** peligros, y con pasiva desidia permiten que se propaguen por

todas partes doctrinas que destrozarán por **la violencia y la muerte** toda la Sociedad”.

¡Qué estridente contraste entre estas preocupaciones del Vicario de Jesucristo, que vigila atento por el bien de toda la humanidad, y las palabras llenas de egoísmo, inconsciencia e indolencia de los que dicen continuamente: “No, **no va a pasar nada**; tenemos policía, ejército fiel; no va a pasar nada!”. Si no remediamos las causas morales con la justicia y la caridad, pronto pasará todo, a pesar de todo y de todos!

b) “**Mayor condenación** merece la **negligencia** de quienes descuidan la **supresión o reforma** del estado de cosas, que lleva a los pueblos a la **exasperación**, y prepara el camino a la revolución y a la ruína de la Sociedad”.

c) (N.º 124) “Hemos tratado largamente en nuestra Encíclica sobre la educación, de los principios en que se funda y los fines que persigue la pedagogía cristiana, y es tan evidente y claro cuánto pugna con estas enseñanzas lo que pretende y hace el socialismo educador. Sin embargo parece que ignoran o ponderan poco **los gravísimos peligros** que trae consigo el socialismo, **quienes nada hacen para resistir a ellos**, con la energía y celo que el asunto reclama. Nuestro deber pastoral nos obliga a avisar a éstos de la inminencia del **gravísimo mal**; acuérdense todos de que el padre de este socialismo educador es el **liberalismo**, y su heredero el **bolchevismo**”.

*

* *

Un año después el mismo Pío XI, más alarmado todavía por el aumento amenazador de los males señalados, en su otra Encíclica “Caritate Christi” (1932, 2 de Mayo), escribe estos párrafos:

a) “El malestar ha ido creciendo, el número de los desocupados en todas partes ha aumentado, y de ello aprovechan los partidos de ideas subversivas para intensificar su propaganda; por lo que el orden público se halla amenazado **cada vez más y el peligro del terror o de la anarquía se cierne siempre mayor** sobre la actual sociedad. En tal estado de cosas la misma ca-

ridad de Cristo nos estimula a dirigirnos de nuevo a vosotros, Venerables Hermanos, a vuestros feligreses, a todo el mundo, para exhortar a todos a unirse y a oponerse con todas sus fuerzas a los males que oprimen a toda la humanidad, y a aquéllos aun peores que la amenazan”.

b) “Si recorremos con el pensamiento la larga y dolorosa serie de males que, triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación terrenal, desde el diluvio en adelante, **difícilmente nos encontraremos con un malestar espiritual y material tan profundo, tan universal, como el que sufrimos en la hora actual; hasta los flagelos más grandes, que han dejado ciertamente en la vida y en la memoria de los pueblos huellas indelebles, cayeron ora sobre una nación ora sobre otra. En cambio, ahora la humanidad entera se halla tan tenazmente agobiada por la crisis financiera y económica, que cuanto más se agita, tanto más indisolubles parecen sus lazos; no hay pueblo, no hay estado, no hay sociedad o familia, que en una u otra forma, directa o indirectamente, más o menos, no sientan su repercusión”.**

c) “**Ante tanta impiedad, ante tan grande ruina de las más santas tradiciones, ante el estrago de tantas almas inmortales, ante tantas ofensas a la divina Majestad, no podemos, Venerables Hermanos, dejar de desahogar todo el acerbo dolor que sentimos, no podemos dejar de alzar Nuestra voz, y con toda la energía del pecho apostólico tomar la defensa de los derechos de Dios conculcados, y de los más sagrados sentimientos del corazón humano que tiene tan absoluta necesidad de Dios. Tanto más que estas falanges, presas de espíritu diabólico, no se contentan con vociferar, sino que unen todos sus esfuerzos para llevar a cabo cuanto antes sus nefastos designios”.**

“¡Ay de la humanidad, si Dios tan vilipendiado por sus criaturas, diera, en su justicia, libre curso a esa tormenta devastadora y se sirviera de ella como de un flagelo para castigar al mundo!”

d) “**Es, por consiguiente, necesario, Venerables Hermanos, que incansablemente nos pongamos en contra como muralla para defender la Casa de Israel**” (Ezequiel, XIII, 5),

uniendo también nosotros todas nuestras fuerzas en un único y sólido frente compacto contra las malvadas falanges enemigas tanto de Dios como de la humanidad”.

e) “Por ello, pues, **conjuramos en el Señor**, tanto a los individuos como a las naciones a deponer, ante tales problemas y en estos momentos de tan encarnizadas luchas vitales para la humanidad, ese mezquino individualismo y abyecto egoísmo. que ciega aun las inteligencias más perspicaces, y hace fracasar cualquier noble iniciativa, por poco que ella salga del restringidísimo cerco de sus pequeños particulares intereses; únanse todos, aun con graves sacrificios, para salvarse a sí mismos y salvar a la humanidad. En tal unión de ánimos y de fuerzas deben ser naturalmente los primeros quienes se glorían con el nombre de cristianos, recordando la gloriosa tradición de los tiempos apostólicos, cuando “la multitud de los creyentes formaba un solo corazón y una sola alma” (Hechos, IV, 32).

Ponderando la forma y el contenido de todo esto. ¿no es cierto que resultan allí sumamente doloridos y urgentes los llamados salvadores del Papa?

Ya podríamos preguntarnos, con mucha confusión: “¿Hemos sido diligentes en estudiar y penetrarnos de las doctrinas de caridad y justicia social tan pregonadas por los Papas? ¿Las hemos llevado a la práctica, los católicos, en masa, y cumplido integralmente? La respuesta no puede ser sino negativa.

III

Confirmación de lo anterior.

En esta dolorosa idea nos confirma el proceder de nuestros más encarnizados enemigos. Miremos aquí a uno solo de sus gestos terribles, y meditemos con el OSSERVATORE ROMANO: se trata de la horrenda, blasfema caricatura de “El Biombo”, publicada en Moscú por una revista de los

Sin Dios. El órgano oficioso de la Santa Sede describe la caricatura en estos términos:

“En el centro del dibujo surge un gran Cristo, de ojos negros e inquietantes, una especie de Rasputín, que tiende los brazos y las manos pacificadoras hacia la izquierda, donde se apiña prosternado un grupo de miserables: mujeres macilentas, niños esqueléticos, víctimas del hambre; aldeanos torvos y embrutecidos, obreros sucios, cubiertos de aceite y carbón... y Cristo parece decir a esos infelices: “Benedicid esos sufrimientos! ¡No os rebeléis contra el patrón y contra el explotador de vuestro trabajo! ¡No os preocupéis de buscar para vuestros hijos una existencia más alegre! ¡La vida es corta y luego tendréis la recompensa de la eternidad! ¡No os impacientéis!...”

“Detrás del Cristo, vestido de rojo e invisible para la mencionada turba (por interponerse entre ambos la figura del Señor) un burgués ventrudo, con los gruesos dedos de la mano cubiertos de sortijas y de brillantes, de faz congestionada y adiposa, de ojos codiciosos y repugnantes, tira de una cuerda terminada en nudo corredizo del que está sujeto un proletario exangüe y tumefacto. El Cristo protector esconde esta escena a la turba de miserables. He ahí el **biombo**... ¡Cristo trocado en motivo de explotación!”

A la vista de semejante dibujo blasfemo nuestra indignación resultaría insuficiente si se redujera a ser no más que la simple e hipócrita protesta del fariseo. Acaso sea mejor... **meditar humildemente**... y **hacer un poco de examen de conciencia**. ¿Por qué el bolcheviquismo presenta a Cristo como el “**biombo**” protector de los capitalistas? ¿Por qué el pueblo se halla tan propicio a creer esas calumnias?”

Confesémoslo con franqueza. Muchos, que se han dicho y que se dicen **seguidores de la doctrina de Jesús**, la han traicionado demasiadas veces. ¿Acaso todos esos, verdaderamente todos, se esfuerzan por conseguir que reine en el mundo la justicia y la misericordia deseadas por Dios? La misma oración es una mentira si no se traduce en **amor al prójimo**, porque el amor a Dios y el amor al prójimo son un solo mandamiento, como dijo Jesús. Y el profeta Isaías: “El ayuno grato

a Dios es romper las cadenas injustas, desatar los nudos del yugo opresor, libertar a los oprimidos, acabar con todo género de esclavitud". ¡Sí! romper las cadenas injustas..., no considerarlas como cadenas fatales e indestructibles y contentarse con dar ánimo a los encadenados".

"Cuando se está bien y se es feliz... resulta atroz decir a los que sufren: ¡Bienaventurados los que lloran! es una ironía que pide **venganza** esta **diabólica deformación** del Sermón de la Montaña! Cosas buenas son las palabras, pero el ejemplo debe precederlas. Al prójimo que sufre y que llora es necesario ante todo hacerle ver en Dios la única felicidad; pero es **culpable** utilizar el "mensaje de Cristo" para **explotarlo**. Es cierto que no se debe predicar la revuelta brutal, pero son indispensables, sin embargo, las **reivindicaciones justas**, infundir la alegría del vivir y no privarlos de los bienes temporales en nombre de los bienes eternos. No olvidemos que, como dice Santo Tomás: "Un cierto bienestar es indispensable para la práctica de la virtud". Pues bien, son demasiado numerosos los hombres que, no sólo no pueden vivir decorosamente, sino que se hallan privados de lo que es en absoluto necesario para la vida. Si nosotros dejamos en esa miseria inmerecida, como la llamó León XIII, a los pobres, que ven en nosotros a los seguidores de Jesús y que juzgan al Maestro por las obras de los discípulos..., se alejarán con odio de nosotros. Y entonces no podrá dejar de azotarnos el rostro, como un latigazo sangriento, la maldición de Cristo: "¡Hay de vosotros, **fariseos hipócritas**, porque, bajo la máscara de vuestras largas oraciones, **devoráis el pecunio de las viudas**".

"Son sobrado numerosos los que se pagan de limosnas, de Conferencias de San Vicente de Paul, y, en cambio, **nada hacen** para acabar con la esclavitud de tantos trabajadores, esclavitud que han estigmatizado los **Papas** de los siglos XIX y XX. Antes de mencionar la caridad, hay que establecer la justicia. El obrero que trabaja tiene derecho a un salario que le permita mantener convenientemente a su familia, tiene derecho a la salud, a la vida, al sol, a las humanas alegrías. Cuando reciba un **salario justo**; cuando, mediante los **sindica-**

tos profesionales, se haya convertido en un **colaborador libre** del patrón; cuando previa la educación cristiana, conozca la **familia obrera**, los medios naturales para mantener una casa aireada, y aunque sea modesta, decorosa, para conservarse sana y para nutrir, cuidar y educar a los hijos... **todavía**, por culpa del inextinguible egoísmo, del ocio, de las enfermedades, le quedará a la **caridad** otros tantos males que socorrer. La **caridad** vendrá a su tiempo, y será bendecida, **pero no debe convertírsela en sustituto de la justicia**. El obrero laborioso tiene el **derecho y el deber** de bastarse a **sí mismo con su trabajo**; y no debe recibir limosna de los bolsillos de los generosos... **debe resistirse a ser asistido**".

Estos conceptos no son de un socialista; son del diario más equilibrado del mundo.

★

★ ★

Pero sigamos, mirando con alguna detención a los puntos que más insistentemente nos urgieron los últimos Papas, para su inmediato cumplimiento.

Será éste un examen de conciencia muy provechoso. ¡Ojalá nos sirva para enriearnos y salir de nuestra acostumbrada inercia e incomprensión! No nos hagamos ilusiones: la fuerza es necesaria para resistir, cuando la violencia todo lo quiere arrasar; pero la fuerza sola no resuelve el problema en su raíz; sólo la doctrina de Jesucristo, conocida y practicada sinceramente, desarma el brazo de los que odian, y ablanda el corazón de los egoístas; sólo de este modo nos vendrán días mejores.

IV

Del factor universal de la oración.

Los impíos e indiferentes se ríen de la oración cristiana; los cristianos tibios la hacen sin profundidad, rutinariamente, como quien paga el boleto del tranvía diario; la cumplen como para descargarse de una obligación más o menos molesta, para que Dios se dé por satisfecho, y no los moleste y les dé lo que ellos aman para vivir lo más tranquilamente posible. La oración del egoísmo.

El Papa nos dice cosas grandiosas acerca de la eficacia de la oración. Oigámosle con atención y preguntémosle: ¿qué tal nuestra oración comparada con lo que nos dice el Papa? ¿qué influencias mundiales han tenido las nuestras por su profundidad, frecuencia e intensidad? (*Caritate Christi compulsi*. Pág. 145 y siguientes).

“Cuando el Señor, descendiendo de los esplendores del Tabor, devolvió la salud al joven maltratado por el demonio, que sus discípulos no habían podido curar, a la humilde pregunta de éstos: “¿Por qué causa no lo hemos podido nosotros echar?”, contestó con las memorables palabras: “Esta casta no se arroja sino mediante la oración y el ayuno”. (San Mat. XVII, 18, 20).

“Parécenos, Venerables Hermanos, que estas divinas palabras se deben aplicar exactamente a los males de la hora presente, que sólo por medio de la oración y de la penitencia pueden ser conjurados”.

“Teniendo presente, pues, nuestra condición de seres esencialmente limitados y absolutamente dependientes del Ser Supremo, recurramos, antes que nada, a la oración. Sabemos, por la fe, cuál sea el poder de la oración humilde, confiada, perseverante; a ninguna otra obra piadosa fueron jamás acordadas por el omnipotente Señor, tan amplias, tan universales, tan solemnes promesas como la oración: “Pedid y se os dará;

buscad y hallaréis; llamad y os abrirán. Porque todo aquel que pide recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abrirá". (San Mat. VII, 7-8).

"En verdad, en verdad os digo que cuánto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá" (San Juan, XVI, 23).

Y ¿qué motivo más digno de nuestra plegaria y más reacionado con la persona de Aquel, "que es el único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hecho hombre" (I a Tim. II, 5), que implorarle la conservación sobre la tierra de la fe en el sólo Dios vivo y verdadero?

Tal ruego lleva ya en sí una parte de su cumplimiento: porque donde el hombre ruega, allí se une a Dios, y mantiene, por decirlo así, sobre la tierra la idea de Dios. El hombre que ruega, con su misma humilde posición, ya profesa ante el mundo su fe en el Creador y Señor de todas las cosas; al reunirse con los demás en oración común reconoce con ello que no sólo el individuo, sino también la sociedad humana tiene sobre sí, en forma absoluta, un supremo Señor".

"¡Qué espectáculo no es para los cielos y para la tierra la Iglesia en oración! Desde siglos, sin interrupción, desde una a otra media noche, se viene repitiendo sobre la tierra la divina salmodia de los cantos inspirados; no hay hora del día que no esté santificada por su liturgia especial; no hay un solo período, grande o pequeño, de la vida, que no tenga un lugar en el agradecimiento, en la alabanza, en la oración, en la **reparación de la plegaria común** del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Así la plegaria misma asegura la presencia de Dios entre los hombres, como lo prometió el Divino Redentor: "Donde dos o tres personas se hallan congregadas en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellas" (San Mateo, XVIII, 20).

"La oración, además, quitará de en medio, precisamente, la causa misma de las actuales dificultades, más arriba indicadas por Nos, a saber, la insaciable ambición de los bienes terrenales. El hombre que ruega mira hacia arriba, es decir a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su ser se hunde en la contemplación de admirable orden creado por

Dios, que no conoce el frenesí de los acontecimientos ni se pierde en fútiles competencias de siempre mayor velocidad; y entonces, casi por sí solo, se restablecerá aquel equilibrio entre el trabajo y el descanso, que con grave daño de la vida física, económica y moral, falta en absoluto a la moderna sociedad. Y si aquellos que por la superproducción industrial han caído en la desocupación y en la miseria, quisieran dar el tiempo conveniente a la oración, el trabajo y la producción, volverían bien pronto a sus límites razonables, y la lucha que ahora divide a la humanidad en dos grandes campos de combate por los intereses transitorios, quedaría absorbida por la noble contienda por la adquisición de los bienes celestiales y eternos”.

Nosotros no hemos usado, confesémoslo, como convenía, de esta palanca universal de la oración; nuestra oración no ha sido siempre **humilde, confiada y perseverante**, como nos lo indica el Papa; tampoco ha resultado menguadora de la **insaciable ambición de los bienes terrenales**; no ha llevado frutos de elevación para la pobre humanidad; de allí ha venido y viene el derrumbe.

V

Otro punto del Evangelio que nuestro espíritu paganizante no quiere entender, y sin embargo es indispensable, e insustituible, la **mortificación cristiana, la cruz cotidiana del Evangelio**.

Cuando nosotros por elección y amor tomamos esta medicina amarga, las cosas van bien; y cuando no la tomamos por amor, la Providencia se encarga de aplicárnosla con solemnidad horrorosa. Nos exhorta el Papa Pío XI (*Caritate Christi compulsi*, pág. 149): “A la oración hay que agregar también la **penitencia, el espíritu de la penitencia, la práctica de la penitencia cristiana**. Así nos lo enseña el Divino Maestro, cuya primera predicación fué precisamente la penitencia”:

Empezó Jesús a predicar y decir: "Haced penitencia". (San Mat. IV, 17). Así nos lo enseña también la tradición cristiana, toda la historia de la Iglesia; en las grandes calamidades, en las grandes tribulaciones del cristianismo, cuando era más urgente la necesidad de la ayuda de Dios, los fieles, espontáneamente, siguiendo el ejemplo y las exhortaciones de los sagrados pastores, han echado mano de las dos valiosísimas armas de la vida espiritual: la oración y la penitencia. Por aquel sagrado instinto, por el que casi inconscientemente se deja guiar al pueblo cristiano, cuando no ha sido extraviado por los sembradores de cizaña, y que por otra parte no es otra cosa que aquel "sentido de Cristo", de que nos habla el Apóstol (I a los Cor. II, 16), los fieles siempre han experimentado en tales casos la necesidad de purificar sus almas del pecado mediante la contrición de corazón, mediante el sacramento de la reconciliación; y de aplacar la Divina Justicia aún con externas obras de penitencia".

"Bien sabemos y con nosotros, Venerables Hermanos, deploramos, que en nuestros días la idea y el nombre de expiación y penitencia, en muchos han perdido en gran parte la virtud de suscitar aquellos arranques del corazón y aquellos heroísmos de sacrificios que otrora sabían infundir, mostrándose a los ojos de los hombres de fe como marcados de un carácter divino, a imitación de Jesucristo y de sus Santos; ni faltan quienes quieren apartar las mortificaciones externas, como cosas de tiempos remotos; sin hablar del moderno "hombre autónomo" que desprecia la penitencia como expresión de índole servil; y es así lógico que cuanto más se debilite la fe en Dios, tanto más se confunda y desvanezca la idea de un pecado original, y de una primitiva rebelión del hombre contra Dios, y, por tanto, se pierda aún más el concepto de la necesidad de la penitencia y de la expiación".

"Pero nosotros, Venerables Hermanos, debemos, en cambio, por nuestra obligación pastoral, tener bien en alto estos nombres y estos conceptos, y conservarlos en su verdadero significado, en su genuina nobleza, y más todavía, en su práctica y necesaria aplicación a la vida cristiana".

“Es, por tanto, la **penitencia, un arma saludable**, que está puesta en las manos de los intrépidos soldados de Cristo, que quieren luchar por la defensa y el restablecimiento del orden moral en el universo. Es arma que va directamente a la raíz de todos los males, a saber: a la concupiscencia de los bienes materiales y de los placeres disolutos de la vida. Mediante sacrificios voluntarios, mediante prácticos renunciamentos, quizá dolorosos, mediante las varias obras de penitencia. el cristiano generoso sujeta las bajas pasiones que tienden a arrastrarlo a la violación del orden moral. Mas si el celo de la ley divina y la caridad fraterna son en él tan grandes como deben serlo, entonces no sólo se da al ejercicio de la penitencia por sí y por sus pecados, sino que se impone también la expiación de los pecados ajenos, a imitación de los santos, que con frecuencia se hacían heroicamente víctimas de reparación por los pecados de generaciones enteras: mejor todavía, a imitación del Divino Redentor, que se hizo “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (San Juan, I, 29).

VI

La fraternidad de todos los hombres en Dios Padre.

Si miramos a Dios como nuestro Creador, hallamos que todos somos igualmente su hechura, luego todos hijos del mismo Padre; y si consideramos lo que hace la Redención de Jesucristo, en todos nosotros, salta a la vista que todos somos llamados a ser miembros del cuerpo social de Jesucristo: luego somos hermanos verdaderos de El, vivificados por El, por su mismo espíritu. Lo natural es que todos nos consideremos como de la misma familia, con bondad, con cariño, con deseo sincero, eficaz, del bien de todo prójimo. Es lo que nos enseña Jesucristo en cien pasos del Evangelio. Esto mismo nos lo

recuerda León XIII en la "Rerum Novarum", N.º 42, donde dice: "Las cuales dos clases, si a los preceptos de Cristo obedecieren, no sólo en amistad, sino en amor verdaderamente de hermanos se unirán. Porque entenderán y sentirán que todos los hombres, sin distinción alguna, han sido creados por Dios, Padre común de todos; que todos tienden al mismo bien como fin, que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido por favor de Jesucristo igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre sí, sino aún con Cristo Nuestro Señor, primogénito entre muchos hermanos, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos. Y así mismo, que los bienes de la naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. "Sí, hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Cristo". (Rom. VIII, 17).

¿Hemos hecho sangre de nuestra sangre esta doctrina **fundamental** del Evangelio? El pensamiento de que muchos pobres no tienen donde dormir convenientemente ¿nos ha dejado intranquilos en nuestras noches? La vista de gente habitualmente falta de alimentos ¿ha inquietado un poco siquiera nuestras holgadas comidas? Las habitaciones malsanas de tantos trabajadores, ¿qué han dicho a nuestro corazón? Y su pobreza, y sus insuficientes medios de vida, ¿han tocado a fondo nuestro ánimo y nuestros bolsillos? ¿No es verdad que muchos católicos se han hecho sordos a todo esto? Para ellos especialmente son estas palabras del Papa en la "Quadragesimo Anno": "Mayor condenación merece la negligencia de quienes descuidan la supresión o reforma del estado de cosas, que lleva a los pueblos a la exasperación, y prepara el camino a la **revolución y a la ruina de la sociedad**". Donde se ve que podemos **pecar gravísimamente** aun cuando parece que no hacemos nada malo. Son los pecados de **omisión**, muchas veces más graves que los de **comisión**.

VII

El egoísmo y la codicia de los bienes terrenos.

Nuestro Señor Jesucristo nos pregona la abnegación de nuestras pasiones, la moderación en buscar y usar los bienes terrenales, y muchos de nosotros se han hecho un nido más o menos placentero en esta vida, y morando en él se han endurecido y olvidado de los deberes de la abnegación. El Papa Pío XI nos indica nuestra falla con las siguientes palabras. (Quadragesimo Anno):

N.º 131.—“Por lo tanto, si se quiere sanar a la sociedad humana, la sanará tan sólo el retorno a la vida y a las instituciones cristianas. Ya que sólo esto puede traer el remedio eficaz a la solicitud excesiva por las cosas caducas, que es el origen de todos los vicios; sólo esto puede hacer que la vista fascinada de los hombres, fija en las cosas mudables de la tierra, se separe de ella y se eleve a los cielos, Y ¿quién negará que éste es el remedio que más necesita hoy el género humano?”.

N.º 114.—“Las pasiones desordenadas del alma, triste consecuencia del pecado original, son la raíz y al mismo tiempo la fuente del alejamiento de la ley cristiana en las cosas sociales y económicas, y de la consiguiente apostasía de la fe católica de muchos obreros. El pecado original en efecto, deshizo de tal modo la concordia admirable que existía entre las facultades humanas, que el hombre arrastrado por las malas codicias, se siente vehementemente incitado a anteponer los bienes caducos de este mundo a los celestiales y duraderos. De aquí esa sed insaciable de riquezas y bienes temporales, que en todos los tiempos ha empujado a los hombres a infringir las leyes de Dios y conculcar los derechos del prójimo, pero que en la organización moderna de la economía prepara lazos más numerosos a la fragilidad humana”.

N.º 138.—“Ningún remedio eficaz se puede poner a tan la-

mentable estrago de las almas, (y mientras perdure éste será inútil todo afán de regeneración social), si no vuelven los hombres franca y sinceramente a la doctrina evangélica, es decir, a los preceptos de Aquél. que sólo tiene palabras de vida eterna, palabras que, aun pasando el cielo y la tierra, nunca han de pasar (San Juan, VI, 70; XIV, 35). Los verdaderos conocedores de la ciencia social, piden instantemente una reforma basada en normas racionales, que reconduzca la vida económica a un régimen sano y recto. Pero ese régimen que también Nos deseamos con vehemencia y favorecemos intensamente, será incompleto e imperfecto si todas las formas de la actividad humana no se ponen de acuerdo para imitar y realizar en cuanto es posible a los hombres, la admirable unidad del divino consejo. Ese régimen perfecto, que con fuerza y energía proclama la Iglesia y la misma razón humana, exige que todas las cosas vayan dirigidas a Dios, como primero y supremo término de la actividad de toda criatura, y que los bienes creados, cualesquiera que sean, se consideren como meros instrumentos dependientes de Dios, que en tanto debe usarse, en cuanto conducen al logro de ese supremo fin”.

“Si todos, en todas partes y siempre, observaran esta ley, pronto volverían a los límites de la equidad y de la justa distribución no sólo adquisición y la producción de las cosas, sino también el consumo de las riquezas que hoy con frecuencia tan desordenado se nos ofrece; al egoísmo que es la mancha y el gran pecado de nuestros días, se sustituiría en la práctica y en los hechos a ley suavisima, pero a la vez, eficacísima de la **moderación cristiana**, que manda al hombre buscar primero el reino de Dios y su justicia, porque sabe ciertamente por la segura promesa de la liberalidad divina, que los bienes terrenales le serán dados por añadidura en la medida que le hiciere fata”.

El mismo Papa en su otra Encíclica “Caritate Christi”, pág. 139, nos dice: “Y ¿no es acaso esa ambición de los bienes terrenales, la que el poeta pagano llamara con justo desdén: **la execranda hambre del oro**; ¿no es acaso aquel sórdido egoísmo que con mucha frecuencia preside las mutuas rela-

ciones individuales y sociales; ¿no es, en fin, la ambición, cualquiera que sea en su especie y forma, la que ha arrastrado al mundo a los excesos que todos vemos y deploramos? En efecto, de la ambición proviene la mutua desconfianza, que dificulta todo comercio humano; de la ambición, de la detestable envidia, que hace mirar como daño propio todo provecho de los demás; de la ambición, el individualismo abierto, que todo lo subordina y ordena al propio provecho, sin cuidarse de los demás, y más aun, hollando cruelmente todos sus derechos. De ahí el desorden y el injusto desequilibrio, para el cual se ven las riquezas de las naciones acumuladas en las manos de muy pocos favorecidos, que regulan a su capricho el mercado mundial, con daño inmenso de las muchedumbres, como ya lo hemos manifestado el pasado año en nuestra Carta Encíclica "Quadragesimo Anno".

VIII

La falta de unión entre los católicos.

Para contrarrestar los asaltos de los enemigos de Jesucristo es absolutamente necesaria la unión de todos los católicos: unión vertical de ideas, con el Papa y sus representantes inmediatos, los Obispos; unión horizontal de católicos con católicos, sacrificando sus ideas personales y muchas veces algo de sus intereses, para el bien común, según el espíritu de Jesucristo. He aquí la doctrina de la "Quadragesimo Anno":

N.º 139.—"Mas, para asegurar estas reformas, es menester que a la ley de la justicia se una la caridad, "que es vínculo de perfección". ¡Cómo se engañan los reformadores incautos que desprecian soberbiamente la ley de la caridad, porque sólo se cuidan de hacer observar la justicia conmutativa! Ciertamente la caridad no debe considerarse como una sustitución de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse; pero, aun suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda pa-

ra la caridad un campo dilatadísimo. La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión en aras del bien común, sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial, más aún, un solo cuerpo en Cristo, "siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros" (Rom. XII, 15); por donde "si un miembro padece, todos los miembros se compadecen" (I. Cor. XII, 26). Entonces los ricos y los demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y de envidia de que tan hábilmente abusan los propagadores de la lucha social, y aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la Divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, lo estimarán mucho, bien persuadidos de que **colaboran** útil y honrosamente al bien común, cada uno según su propio grado y oficio, y que siguen así de cerca las huellas de Aquél que, siendo Dios, quiso ser entre los hombres obrero, y aparecer como hijo de obrero".

Y en la "Caritate Chisti compulsi" (pág. 143-44) agrega el mismo Papa Pío XI:

"Es por consiguiente necesario, Venerables Hermanos, que incansablemente "nos pongamos en contra como muralla, para defender la casa de Israel (Ezequiel-XIII, 5)", uniendo también nosotros todas nuestras fuerzas en un **único y sólido frente compacto contra las malvadas falanges** enemigas tanto de Dios como de la humanidad". Y más claramente en el siguiente pasaje, ya citado:

“Por ello, pues, **conjuramos en el Señor**, tanto a los individuos como a las naciones, a deponer ante tales problemas y en estos momentos de tan encarnizadas luchas vitales para la humanidad, ese mezquino individualismo y abyecto egoísmo, que ciega aun las inteligencias más perspicaces, y hace fracasar cualquier noble iniciativa, por poco que esta salga del restringidísimo cerco de sus particulares intereses; únanse todos, aun con graves sacrificios, para salvarse a sí mismos y salvar a la humanidad. En tal unión de ánimos y de fuerzas deben ser naturalmente los primeros quienes se glorían del nombre de cristianos, recordando la gloriosa tradición de los tiempos apostólicos, cuando la “multitud de los creyentes formaban un solo corazón y una sola alma” (Hechos IV, 32).

¿Cómo se cumplió este requisito de suma importancia?
¿Cómo se cumple?

Para que cada uno vea mejor lo que pasa por su casa en este asunto, meditemos lo que dice un observador atento de los católicos de Cataluña en tiempo reciente. Busquemos en ello, no la crítica de la conducta ajena, sino el mejoramiento de la nuestra.

“En no pocos católicos militantes de la época moderna, existe un catolicismo, llamésmole así, provocador, altanero, jactancioso, sin pizca de espíritu evangélico, concebido y ejercitado como si fuera la religión de una casta cerrada, para los que se creen, sólo ellos, “los elegidos”, o si se prefiere, a modo de partido de lucha, no para la **suma**, sino para la **resta**, jamás con entrañas de compasión, ni para los que voluntariamente se han descarriado, ni para los que, poco cautos, “han caído en manos de ladrones”.

“De ahí también un catolicismo, practicado por muchos, que está casi siempre en contradicción con las más puras esencias del espíritu del Evangelio y con el aroma de las virtudes de la humildad, paciencia, mansedumbre. Catolicismo que considera como ideal de belleza suma en Jesús la abnegación y el sacrificio; pero que en la práctica suenan mal en sus oídos aquellas frases del Divino Redentor: “Amad a vuestros

enemigos", "Haced bien a los que os aborrecen", "Rogad por los que os odian y persiguen".

"Catolicismo apenas sin más acción que maldecir a los impíos... creyendo que cuanto peor vaya todo, tanto mejor, a pesar de haber sido reprendido este ideal (?) por la Santa Sede".

"No hay para que se preocupe cada cual de la conversión y conquista de su hermano, esto es, de una alma comprada, no a precio de cantos ni de maldiciones, sino de sangre divina derramada en la cima del Gólgota. Ni tampoco hay que preocuparse mucho por hallar modo y forma cómo todos podremos contribuir a evitar la perdición y apostasía de las masas obreras, y menos por librarlas de la explotación de un régimen económico liberal e injusto".

"Cada vez que todo esto ande muy mal, hablaremos de nuevo de unión; para oponernos a ella en seguida, "por no ser los demás tan católicos como nosotros", los únicos verdaderos y puros católicos".

Pues, "mejor es ser pocos y buenos que muchos y tibios". Y "vale más despedazarnos mutuamente que juntarnos con los lobos vestidos con pieles de oveja".

"De ahí un espíritu de secta engendrador de perpetuas divisiones condenadas tantísimas veces por la Santa Sede".

"Divisiones entre fracciones políticas católicas, en cuestiones que Dios ha entregado a la disputa de los hombres; pero son subalternas y que deben cesar cuando la caridad o la defensa de los intereses de la Iglesia, siempre superiores, lo exijan".

"Divisiones político-religiosas, en las cuales sólo la Iglesia es juez: en cada diócesis el propio Obispo; en todo el orbe el Sumo Pontífice reinante. Divisiones por diferencias entre escuelas católico-sociales, inutilizando todos los esfuerzos en pro de los obreros".

Divisiones por intereses e ideales regionalistas, en detrimento de la concordia que debe reinar entre los miembros de un mismo cuerpo místico cuya cabeza es Cristo".

"Divisiones entre periódicos católicos, anteponiendo siempre sus miras particulares y sus ideas propias a toda cesación

de hostilidades, tantas veces impuestas por los augustos labios de los 4 postreros Pontífices. Nosotros mismos hemos visto a los católicos de Barcelona —la ciudad más infernal de cuantas existen en la península Ibérica— permanecer, no ya desunidos, sino organizados en fracciones opuestas, en lucha constante entre sí: liberales-conservadores, conservadores moderados, partidarios de la defensa social, regionalistas, catalanistas, tradicionalistas, integristas, muchos de los cuales comulgaban juntos por la mañana y después se combatían mutuamente, a pesar de las amargas quejas ora de los Papas, ora de los Prelados, mientras los enemigos del orden social cristiano y de la religión se unían cada vez más, sobre todo cuando las circunstancias lo demandaban y urgían”.

“¡Más podía en éstos el odio que en pechos cristianos la caridad!”

“Más talento y previsión demostraban tener socialistas, sindicalistas, anarquistas, que cuantos pretendían pasar por gente de orden!”

“Tanta división, ¿no será el peor de los castigos de Dios, harto merecidos por el menosprecio de la humanidad, y por el exceso del orgullo?”

“Ese diluvio de males que ha sobrevenido sobre la España católica, ¿no se deberá a un castigo del cielo por persistir en la desunión tan contraria al cristianismo, por vanagloriarse tanto de la fe en detrimento de la caridad, por la continua rebeldía a los deseos de la Santa Sede de que entre los que blasonaran de católicos reinara la paz, la mutua conspiración de voluntades, ya en bien de la sociedad y del pueblo, ya en defensa de la Iglesia?”

“Escrito está: “Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado” (Mat. XII, 25)”.

“Y ahora los católicos de los pueblos hispano-americanos, aprended de vuestros hermanos de España, que no supieron convertir sus ojos en fuentes de lágrimas para llorar cuando y en lo que debían hacerlo; que no supieron realizar apenas nada para la elevación económica y social del pueblo que trabaja; que no supieron unirse siquiera con un mínimum de unión para mirar por sí y por su Madre la Iglesia; que derro-

charon raudales de energías para combatirse mutuamente, haciendo vano su catolicismo, de que en vano y tan frecuentemente se enorgullecían, queriendo ser en todo más papistas e intransigentes que el Papa". (Palau, en Criterio de Buenos Aires N.º 442).

IX

Educación profundamente defectuosa.

Familias cristianas y colegios debían realizar un alto ideal en la formación de la juventud de ambos sexos, tal como lo inculca el Papa en su Encíclica sobre la Educación donde dice:

"Fin propio e inmediato de la educación cristiana es cooperar con la gracia divina en la formación del verdadero y perfecto cristiano, es decir, del mismo Cristo en los regenerados por el bautismo, según la viva expresión del Apóstol: "Hijitos míos, a quienes nuevamente llevo en mi seno, hasta formar a Cristo en vosotros", ya que el verdadero cristiano ha de vivir la vida sobrenatural en Cristo: "Cristo que es nuestra vida", y manifestarla en todas sus acciones: "para que la vida de Cristo se manifieste en nuestra carne mortal".

"Por esto cabalmente la educación cristiana abarca todo el ámbito de la vida cristiana, sensible y espiritual, intelectual y moral, individual, doméstica y social, no para empequeñecerla, de ningún modo, sino para elevarla, regularla, y perfeccionarla, a tenor de los ejemplos y doctrinas de Jesucristo".

"Por donde el verdadero cristiano, fruto de la educación cristiana, es el hombre sobrenatural que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y la doctrina de Cristo; o bien, para expresarnos con el lenguaje en boga, el verdadero y cumplido hombre de carácter".

Pero el egoísmo corriente y cómodo ha invadido las almas desde muchos años, se ha perdido el sentido de la interioridad de la religión cristiana; muchos católicos se han con-

tentado con lo exterior de la religión; no se han dado el trabajo de la transformación interior, se han dado más al mundo que a Cristo, más a esta vida que a la otra; en las devociones han mirado y obsequiado más a los santos que a la Eucaristía; en la doctrina, se ha descuidado la enseñanza severa del dogma, y la parte moral se ha tocado flojamente; la juventud ha aprendido más los derechos personales que los deberes; casi nada de los deberes sociales, de los deberes para con la Iglesia. Ha pasado lo que debía pasar: los jóvenes no se lanzaron en pos de ideales de pureza, de progreso espiritual, de apostolado, de defensa de su fe: hemos cosechado poquísimos frutos morales.

S. Santidad en la última encíclica "Divini Redemptoris" nos dice sobre el mismo tema:

N.º 43.—"No es posible negar que queda mucho todavía que hacer en este camino de la renovación espiritual. Aun en países católicos son demasiados aquéllos que son católicos casi solamente de nombre: demasiados los que, aun siguiendo más o menos fielmente las prácticas más esenciales de la religión que se honran en profesar, no se preocupan por conocerla mejor, por adquirir una más íntima y más profunda convicción, y menos aún que al externo barniz corresponda el interno esplendor de una conciencia recta y pura, que siente y cumple todos sus deberes bajo la mirada de Dios. Sabemos cuánto aborrecía el Divino Salvador esta vana y falaz exterioridad. El, que anhelaba que todos adorasen a Dios "en espíritu y verdad". (San Juan IV, 23). Quien no vive verdadera y sinceramente de acuerdo con la fe que profesa, no podrá hoy, mientras tan pujantes soplan los vientos de la lucha, mantenerse incólume por mucho tiempo, sino que se verá miserablemente envuelto en este nuevo diluvio que amenaza al mundo; con lo cual mientras cava por sí mismo su propia ruina, expondrá al ludibrio también el nombre de cristiano".

Oigamos otra vez al Padre Palau, poniendo de relieve lo que es una juventud flojamente educada.

"En Barcelona todos los discípulos de la Nueva Escuela Moderna del gran anarquista Ferrer, salían de ella hechos

unos anarquistas de acción, mientras numerosísimos alumnos de tantos y tantos colegios católicos no venían a ser sino meros cristianos de nombre o de una piedad casi inútil para todo. En realidad casi todos los edificios incendiados durante la semana trágica (la Semana Negra 1909), lo fueron por mozalbetes y adolescentes que habían aprendido bien, no meramente de memoria, sino vivamente, de corazón, las lecciones funestísimas del maestro Ferrer.

Ferrer, con su acción educativa, llamémosla así, esencialmente, integralmente, no ya descristianizadora, sino rabiosamente anticristiana, no formaba gente incapaz. Sus discípulos —los que ahora capitanean las turbas poco menos que triunfantes en varias regiones de España— a los pocos días de acudir a su Escuela Moderna, estaban, diríamos, con el brazo en alto y el puño cerrado, esto es, con el alma envenenada y enfurecida contra cuatro cosas, a saber: contra todo gobernante, contra todo sacerdote, todo poseedor de riqueza y todo militar al servicio y defensa de los mismos gobernantes, sacerdotes y ricos.

Y mientras los discípulos de Ferrer aprendían íntimamente a odiar, y a combatir esos cuatro elementos del orden social y de la patria, gran parte de los alumnos de las escuelas católicas apenas si pasaban más allá que aprender de memoria que los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne; y que ser cristiano quería decir: hombre que tiene la fe de Cristo que profesó en el bautismo, frase que pocos de ellos entendían qué quería decir. Por donde ciertos colegios católicos venían a ser algo así como centros procreadores, los más de ellos, de un orden cristiano que en realidad no lo era.

Todos los discípulos de Ferrer imitaron a su maestro en mostrarse doquiera como él, anarquistas de acción, no siempre terrorífica, pero sí, constantemente, eficazmente, penetrante cual ninguna, y por lo mismo contraria cual ninguna a lo que se basa en los cuatro elementos citados que el anarquista y sus afines consideran como los peores enemigos de la humanidad.

En cambio, no pocos de los alumnos de las escuelas católicas, si llegan a entender aquella frase que han aprendido

de memoria "los enemigos del alma son tres", perciben solamente algo muy individual que pertenece tan sólo, a su entender, a la vida privada de cada uno; así también como la fe que ha de profesar el cristiano, a su modo de ver, no exige más que la mera asistencia a ciertos actos del culto religioso. Nada, por ende, que obligue en público, fuera del templo, y, mucho menos, en la profesión o en el negocio, a vivir como "alter Christus"; nada que haya de aprender como miembro vivo de una Iglesia a la cual se esté obligado, en todos los campos y aspectos de la civilización, a propagarla y defenderla.

El Ilustrísimo Dr. Laguarda, Obispo de Barcelona en aquel entonces, comprendió clarísimamente que de la inmensa obra de tantas órdenes y congregaciones de religiosos, obra repleta de abnegación y sacrificios, que consumía raudales de energías y de recursos, sólo se obtenían escasamente cada año algunas decenas de cristianos capaces de ser mañana ciudadanos valiosos en medio de la Sociedad. Y es que Ferrer forjaba hombres perversísimos, pero viriles; los colegios católicos formaban hombres buenos, pero anñados, apocados, poco útiles para la actual sociedad, en la cual tan en peligro está la civilización cristiana. Los primeros se proponían: acometer, destruir; los otros, más que edificar, salvarse a sí mismos, huir. Ello quedó patente en la Semana Trágica, durante la cual, a excepción de un buen número de ex-alumnos de los Jesuitas que salvaron de las llamas el famoso colegio de la calle de Caspe, apenas ningún otro discípulo de los demás colegios atacados por los revolucionarios, acudió a defender la morada de sus venerandos maestros.

En suma, que la educación dada por la mayoría de las escuelas católicas específicamente tales, podría pasar en otros tiempos en que el individuo tenía menos intervención activa en el modo de ser del estado social. No para los presentes en que las minorías selectas o las individualidades fuertes son las que arrastran a las multitudes". (De Criterio, N.º 444).

Huelga todo comentario. ¿Cómo se educa en nuestros colegios católicos?

Ya no podrá llamarse católico, ni mucho menos serlo. el

educador o el colegio que descuide enseñar con esmero las doctrinas sociales de la Iglesia. Oigamos y escuchemos al actual Pontífice, en la "Divini Redemptoris":

N.º 55.—"Es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más intensa formación social correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con la máxima solicitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aún en la clase obrera. Sean iluminadas las mentes en la segura luz de la doctrina católica e inclinadas las voluntades a seguirlas y aplicarlas como normas de recto vivir, por el cumplimiento a conciencia de los múltiples deberes sociales, oponiéndose de esta manera a esa incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, por Nos tantas veces deplorada, por la cual, algunos, mientras son aparentemente fieles al cumplimiento de sus deberes religiosos, sin embargo en el campo del trabajo, o de la industria, o de la profesión, o en el comercio, o en el empleo, por un lamentable desdoblamiento de conciencia, llevan una vida completamente disconforme de las normas tan claras de la justicia y de la caridad cristiana, procurando en tal modo grave escándalo a los débiles, y ofreciendo a los malvados un pretexto cómodo para desacreditar a la misma Iglesia".

N.º 50.—"¿Cómo habrá que juzgar los actos de aquellos patrones católicos que en ciertas partes, han llegado a impedir la lectura de Nuestra Encíclica "Quadragesimo Anno?" "¿O los de aquellos industriales católicos que se han demostrado hasta hoy adversarios de un movimiento obrero que Nos mismos hemos recomendado?"

X

Necesidad urgentísima de una enseñanza profunda y victoriosa de nuestra santa Religión.

Léase en "Caritate Christi compulsi" los estragos horrendos que cometen los enemigos de Cristo y de todo verdadero bien humano con el sinnúmero de errores que siembran con todos los medios a su alcance:

“Aprovechando de tanta estrechez económica y de tanto desorden moral, los enemigos de todo orden social, llámense comunistas o tengan cualquier otro nombre, —y es éste el mal más terrible de nuestros tiempos— audazmente se dedican a romper todo freno, a despedazar todo vínculo de ley divina o humana, a empeñar abierta o secretamente la lucha más encarnizada contra la Religión, contra Dios mismo, desarrollando el diabólico programa de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, todo sentimiento religioso, porque saben perfectamente que, arrancada del corazón de la humanidad la fe en Dios, podrán conseguir todo lo que quieran. Y así vemos hoy lo que jamás se viera en la historia, a saber: desplegadas al viento sin reparo las banderas satánicas de la guerra contra Dios y contra la religión en medio de todos los pueblos y en todas las partes del mundo”.

“Nunca faltaron los impíos, ni nunca faltaron tampoco los ateos; pero eran relativamente pocos y raros; y no osaban o no creían oportuno descubrir demasiado abiertamente su impío pensamiento. El impío, el ateo, uno entre muchos, niega a Dios, su Creador, pero en lo íntimo de su corazón. Hoy en cambio, el ateísmo ha invadido ya grandes multitudes de pueblo: con sus organizaciones se insinúa ya en las escuelas públicas, se manifiesta en los teatros, y para difundirse se vale de apropiadas películas cinematográficas, del fonógrafo, de la radio; con sus propias tipografías imprime folletos en todos los idiomas; promueve especiales exposiciones y públicas manifestaciones; ha constituido partidos políticos propios, instituciones comerciales y militares propias. Este ateísmo organizado y militante trabaja incansablemente por medio de sus agitadores, con conferencias e ilustraciones, con todos los medios de propaganda oculta y manifiesta, entre todas las clases, en todas las calles, en todo salón, dando a ésta su nefasta actividad la autoridad moral de sus mismas universidades, y estrechando a los incautos con los potentes vínculos de su fuerza organizadora. Al ver tanta laboriosidad puesta al servicio de una causa tan inicua, se nos viene en verdad espontáneo a la mente y a los labios el triste lamento de Jesucristo: “Los

hijos de este siglo, en sus negocios, son más sagaces que los hijos de la luz" (San Lucas, XVI, 8)

¿Quiénes son los encargados de contrarrestar semejante campaña de odios y de blasfemias, sino nosotros los católicos? Y nuestro estudio y nuestra comprensión de la doctrina católica ¿es suficiente para vencer en este terrible desafío? ¿Dónde está nuestro avance victorioso en el estudio y en la enseñanza, en contra de esa avalancha de errores? Reconozcamos con sinceridad humilde que en general se estudia poco nuestra filosofía y nuestra Religión, y no se penetran las partes más vitales y vivificadoras de ella, por ejemplo: esa realidad inmensamente preciosa que es la **gracia santificante** ¿cuál católico de la masa la conoce y la vive ardientemente?; y la otra realidad que toca directamente lo infinito, nuestra vida y unión con Cristo y en Cristo, ¿qué tal? la entendemos? San Pablo, siguiendo la doctrina divina de Jesucristo, explica y repite y expone de tan variados modos nuestra vocación temporal y eterna, que es ser hechos, y vivir y crecer **miembros** del mismo Jesucristo. El que no entiende esta doctrina, no puede convenientemente entender ni los fines de la Encarnación, ni la Redención, ni la necesidad de la caridad cristiana, ni el valor social de nuestra vida, etc. ¿Qué sabemos nosotros de todo eso? y sin embargo San Pablo lo predica a **todos los fieles** de su tiempo, ¡y nosotros por pereza, por rutina condenable, después de 19 siglos de vida y enseñanza por obra de la Iglesia, apenas si entendemos los términos de dichas doctrinas reveladas! Y la riqueza de los Sacramentos, de la vida de Cristo puesta al alcance de nuestras manos, que todos los cristianos deberían tener sobre todos sus pensamientos y preocupaciones, ¿no es acaso un libro cerrado con siete sellos para la mayoría de los nuestros?; y sin embargo sin la comprensión y sin la reducción a vida concreta de esos fermentos divinos, repetamos, es imposible la vida integralmente cristiana, imposible también el culto de la caridad y justicia social, y por lo mismo la práctica de los preceptos sociales de la Iglesia, tan recomendados por los Sumos Pontífices.

XI

Concepto pagano de la propiedad.

El egoísmo, el paganismo, etc., hacen pensar que cada dueño de un bien raíz, de una riqueza cualquiera, es dueño absoluto de ellos, y puede disponer a su antojo, y aumentar sus caudales y sus gastos de placer, sin tomar en cuenta, de ninguna manera a los demás miembros de la Sociedad.

“Lo mío es para mí, los demás que se arreglen”. Este es el concepto pagano e injusto de la propiedad. El cristiano, (y todo hombre sensato), debe tener de la propiedad otra idea, la indicada en los párrafos siguientes, que merecen un estudio sincero. Véase cómo, según los Papas, según los Evangelios, toda riqueza es para el bien de su dueño particular, y también, en proporción, **para el bien común.**

El Padre Rutten en su celebrado “Doctrinas Sociales de la Iglesia” expresa claramente **el concepto cristiano** de la propiedad, que se llama también **función social de la propiedad**, con estas palabras:

“El derecho de propiedad es sagrado; pero hay que distinguir entre los bienes **necesarios** y **los convenientes** para las condiciones de la familia, y **los sobrantes**. Los bienes llamados superabundantes, para distinguirlos de los bienes necesarios, no pueden ser considerados por sus propietarios como si le fueran exclusivamente reservados, sino que deben ser utilizados en el interés de la comunidad. Su poseedor está obligado a afrontar este destino común, aún en el uso individual que hace de estos bienes. Según la doctrina de Santo Tomás, la propiedad de estos bienes no es un derecho absoluto e incondicional, sino un poder de administración y distribución grabado de una especie de obligación social que manda al propietario utilizar su propiedad para el bien del conjunto. “El hombre no está autorizado, escribe Pío XI, a disponer al antojo de su capricho, de las rentas disponibles, es decir de las

rentas que no son indispensables a la manutención de una existencia digna y conveniente a su rango”.

Es la doctrina pontificia que se enseña desde muchos años. Oigamos primero a León XIII en “Rerum Novarum”:

N.º 37.—“Acerca del uso que se debe hacer de las riquezas, hay una doctrina excelente e importantísima, que la filosofía vislumbró; pero que la Iglesia perfeccionó y enseña y trabaja para que sea no sólo conocida, sino observada o aplicada a las costumbres. El principio fundamental de esta doctrina es el siguiente: que se debe distinguir entre la justa posesión del dinero y el uso justo del mismo. Poseer algunos bienes en particular, es derecho natural del hombre, y usar de ese derecho, mayormente cuando se vive en sociedad, no sólo es lícito, sino absolutamente necesario. “Lícito es que el hombre posea algo como propio. Es además, para la vida humana, necesario” (S. Tomás). Más, si se pregunta qué uso se debe hacer de esos bienes, la Iglesia sin titubear responde: “Cuanto a esto no debe tener el hombre las cosas externas como propias, sino como comunes; es decir, de tal suerte que fácilmente las comunique con otros, cuando éstos las necesiten. Por lo cual dice el Apóstol: “Manda a los ricos de este siglo que den y repartan francamente”.

“Verdad es que a nadie se le manda socorrer a otros con lo que para sí o para los suyos necesita, ni siquiera dar a otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester, pues nadie está obligado a vivir de un modo que a su estado no convenga. Pero satisfechos la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer a los indigentes. Lo que sobra, dadlo de limosna (Luc. XI, 35). No son éstos, excepto casos de extrema necesidad, deberes de justicia, sino de caridad cristiana, a la cual no tienen derecho de contradecir las leyes, porque anterior a las leyes y juicio de los hombres es la ley y juicio de Jesucristo, que de muchas maneras nos aconseja a que demos limosna: “Mejor es dar que recibir”, y que tendrá por hecha o negada a sí propio la caridad que hiciéremos o negáremos a los pobres: “En cuanto lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí me lo hicisteis”. En suma, los que mayor abundancia de bie-

nes han recibido de Dios, ya sean estos bienes temporales y externos, o espirituales e internos, para esto los han recibido, para que con ellos atiendan, como ministros de la Divina Providencia, al provecho de los demás. "Así pues, el que tuviere talento, cuide de no callar; el que tuviere abundancia de bienes, vele no se entorpezca en él la largueza de la misericordia; el que supiere un oficio con que manejarse, ponga gran empeño en hacer al prójimo participante de su utilidad y provecho" (San Gregorio Magno).

Y el Papa Pío XI:

N.º 45.—"Primeramente téngase por cosa cierta y averiguada que ni León XIII ni los teólogos que enseñaron guiados por el magisterio de la Iglesia, han negado jamás o puesto en duda el doble carácter de la propiedad, llamado individual y social, según que atienda al interés de los particulares o mire al bien común; antes bien, todos afirmaron unánimemente que el derecho de propiedad privada* fué otorgado por la naturaleza, o sea por el mismo Creador, a los hombres, ya para que cada uno pueda atender a las necesidades propias y de su familia, ya para que, por medio de esta institución, los bienes que el Creador destinó a todo el género humano, sirvan en realidad para tal fin; todo lo cual no es posible lograr en modo alguno, sin el mantenimiento de un cierto y determinado orden".

N.º 46.—"Por lo tanto hay que evitar cuidadosamente chocar contra dos escollos. Así como negado o atenuado el carácter social y público del derecho de propiedad, por necesidad se cae en el llamado individualismo, o por lo menos se acerca uno a él; de semejante manera, rechazado o disminuido el carácter privado e individual de ese derecho, se precipita uno hacia el "colectivismo", o por lo menos se tocan sus postulados. Quien pierda de vista estas consideraciones, se despeñará por la pendiente hasta la cima del modernismo moral, jurídico y social, denunciado por Nos en la Carta escrita al principio de nuestro Pontificado. Sépanlo principalmente quienes, amigos de innovaciones, no temen acusar a la Iglesia con la infame calumnia de que ha permitido se insinuara en las doctrinas de los teólogos un concepto pagano

de la propiedad, al que debe sustituir en absoluto otro que con asombrosa ignorancia llaman cristiano”.

N.º 47.—“Para poner límites determinados a las controversias suscitadas en torno al dominio y obligaciones a él inherentes, quede establecido, a manera de principio fundamental, lo mismo que proclamó León XIII, a saber: que el derecho de propiedad se distingue de su uso. Respetar santamente la división de los bienes y no invadir los derechos ajenos, tras pasando los límites del dominio propio, son mandatos de la justicia que se llama **conmutativa**; no usar los propietarios de sus propias cosas sino honestamente, no pertenece a esta justicia sino a otras virtudes, el cumplimiento de cuyos deberes “no se puede exigir por vía jurídica”. Así que sin razón afirman algunos que el dominio y su uso honesto tienen unos mismos límites; pero aun está más lejos de la verdad, el decir que por el abuso o el simple no uso de las cosas, parece o se pierde el derecho de propiedad”.

N.º 50.—“Por otra parte tampoco las rentas del patrimonio quedan en absoluto a merced del libre arbitrio del hombre; es decir, las que no le son necesarias para la sustentación conveniente y decorosa de la vida. Al contrario, la Sagrada Escritura y los Santos Padres constantemente declaran con clarísimas palabras que los ricos están gravísimamente obligados por el precepto de ejercitar la limosna, la beneficencia y la magnificencia”.

N.º 51.—“El que emplea grandes cantidades en obras que proporcionan mayor oportunidad de trabajo, con tal que se trate de obras verdaderamente útiles, practica de una manera magnífica y muy acomodada a las necesidades de nuestros tiempos la virtud de la magnificencia, como se colige sacando las consecuencias de los principios puestos por el Doctor Angélico”.

N.º 57.—“Ahora bien, para obtener enteramente, al menos con la posible perfección, el fin señalado por Dios, no sirve cualquier distribución de bienes y riquezas entre los hombres. Por lo mismo las riquezas incesantemente aumentadas por el incremento económico y social deben distribuirse entre las

personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos, o, con otras palabras, de suerte que no padezca el bien común de toda la sociedad. Esta ley de justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación de los beneficios. Violan esta ley no sólo la clase de los ricos, que, libres de cuidados en la abundancia de su fortuna, piensan que el justo orden de las cosas está en que todo rinda para ellos y nada llegue al obrero, sino también la clase de los proletarios que, vehementemente enfurecidos por la violación de la justicia y excesivamente dispuestos a reclamar por cualquier medio el único derecho que ellos reconocen, el suyo, todo lo requieren para sí, por ser producto de sus manos. Y por esto, y no por otra causa, impugnan y pretenden abolir dominos, intereses o productos adquiridos mediante el trabajo, sin reparar a qué especie pertenecen o qué oficio desempeñan en la convivencia humana.

N.º 58.—“Dése, pues a cada uno la parte de bienes que le corresponde; y hágase que la distribución de los bienes creados vuelva a conformarse con las normas del bien común o de la justicia social; porque cualquiera persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres”.

N.º 61.—“Por lo cual, con todo empeño y todo esfuerzo se ha de procurar que, al menos para el futuro, las riquezas adquiridas vayan con más justa medida a las manos de los ricos, y se distribuyan con bastante profusión entre los obreros, no ciertamente para hacerlos remisos en el trabajo, porque el hombre nace para el trabajo como el ave para volar, sino para que aumenten con el ahorro su patrimonio; y administrando con prudencia el patrimonio aumentado, puedan más fácil y seguramente sostener las cargas de su familia, y salidos de las inseguridades de la vida, cuyas vicisitudes tanto agitan a los proletarios, no sólo estén dispuestos a soportar las contingencias de la vida, sino puedan confiar en que, al

abandonar este mundo, los que dejan tras sí queden de algún modo proveídos”.

N.º 62.—“Todo esto que Nuestro Predecesor no sólo insinuó, sino proclamó clara y explícitamente, queremos una y otra vez inculcarlo en esta Nuestra Encíclica: porque, si con vigor y sin dilaciones no se emprende para llevarlo a la práctica, es inútil pensar que puedan defenderse eficazmente el orden público, la paz y tranquilidad de la sociedad humana contra los **promovedores de la revolución**”.

XII

Incomprensión del momento social y desorganización en hacer el bien al pueblo.

Los Papas muy frecuentemente insisten en que se trabaje con denuedo para la **elevación social del pueblo**, de los pobres, que en masa, aunque por partes, vayan adquiriendo una forma de vida más humana, con respecto a vivienda, alimentación, vestidos, medios suficientes para mantener la familia y educar la prole; en orden a acumular algunos ahorros para que todo trabajador halle medios para hacerse pequeño propietario. Esto implica unión de todos los generosos y estudio para desarrollar una obra inteligente, eficiente, que no resulten las erogaciones como agua vertida al desierto. Esto no se ha hecho en la escala que era necesario; se ha perdido fuerzas, dinero y eficiencias. Aprendamos algo del citado Padre Palau (habla de los católicos de Cataluña):

“El Dr. Laguarda comprendió la casi absoluta inutilidad de tantas obras benéficas, de tantos centros católicos, populares, que, cuando más, logran favorecer a algunos individuos, a familias pobres, pero de ningún modo a la masa general trabajadora. Asilos y centros populares beneméritos, sin protesta de ningún favorecido, de ninguna familia indigente socorrida, fueron atrozmente incendiados y saqueados. La beneficencia cristiana, la asistencia social, como dicen algunos hoy, hace

prodigios de abnegación, de servicio personal, de caridad en múltiples formas; pero nunca, sino a lo más remotamente, en bien y elevación de toda la masa, que como tal huye de verse favorecida y amparada; y si en algunos casos particulares acepta el socorro, interiormente lo menosprecia y abomina de él y de quien se lo proporciona. Comprende que tal ayuda cuando como individuo la precisa, contribuye a salir de la miseria en ocasiones extremas; pero no le libra jamás de la abyección de pertenecer a una clase perpetuamente desvalida e infortunada”.

“Años y años se ha venido creyendo en la eficacia de la beneficencia, ya esporádica, ya organizada, como medio de atracción de conquista, de transformación de las masas populares. Gravísimo error. Táctica contraproducente que pone ante los ojos del pueblo la abundancia de los ricos y hace sentir más vivamente a los pobres, por natural contraste, su miseria; beneficencia que excita la envidia, que induce a tales indigentes a pensar cómo puedan, por medio de la ficción e hipocresía, explotar los buenos sentimientos de los católicos y les hace entrever cómo ya debería ser hora de que los ricos ocuparan en el mundo el lugar y situación de los que se llaman desheredados de la fortuna”.

“Creer todavía, como en ciertas grandes ciudades, en la **eficacia social** de la beneficencia limosnera, del socorro eventual en que aparece el mayor auxiliando al menor, el sano al enfermo, el feliz al infortunado, es desconocer por completo la psicología de los obreros y las victorias que en todo el mundo ha obtenido ya la lucha de clases”.

“Ni los ricos ni muchos católicos han aprendido nada del estado social contemporáneo; menos aún de la mentalidad de la masa general trabajadora. No saben hacer bien ni a los indigentes, ni a sí mismos, ni a la Iglesia, ni a la Sociedad.”

“Con razón decía Su Santidad Pío XI a las socias de la Liga Patriótica Francesa: “Decid a todas nuestras cristianas de Francia que el Papa les recomienda la **acción social**. No basta ya que se encierren en las obras de beneficencia propiamente tales, en las que siempre se siente la diferencia de po-

sición, la superioridad del que da y la inferioridad del que recibe... Yo les pido que vayan al pueblo, que le hablen, que le sirvan en una verdadera confraternidad según el mismo espíritu evangélico”.

XIII

La cuestión del salario humano.

Los Papas continuamente han levantado su voz condenatoria en contra del **liberalismo económico**, que es el egoísmo aplicado a la producción económica, y cuyo infame principio, no siempre enseñado esplicitamente, es éste: en materia de salario le es lícito al **industrial o agricultor pagar al obrero el mínimum posible, porque el capitalista debe mirar sólo por su propio interés**. La doctrina social de la Iglesia es la que sigue, y nosotros poco la hemos guardado; también nosotros hemos sido **liberales** y egoístas: y ahora el trabajador oprimido se apresta a una venganza de proporciones no sospechadas. Cuando el martillo nos machuque los sesos y la hoz nos corte la garganta, ¿a quién le echaremos la culpa?

Dice León XIII en su Encíclica:

N.º 63.—“Aun concedido que el obrero y el amo, **LIBREMENTE**, convienen en algo y particularmente en la cantidad del salario, queda sin embargo siempre una cosa que dimana de la **justicia natural**, y que es de más peso y anterior a la libre voluntad de los contratantes, y es ésta: que el salario no debe ser insuficiente para la sustentación de un obrero frugal y de buenas costumbres (salario mínimo)”.

“Y si acaeciese alguna vez que el obrero, obligado por la necesidad o movido por el miedo de un mal mayor, aceptase una condición más dura, que contra su voluntad tuviera que aceptar, por imponérsela absolutamente el amo o contratista, sería esto hacerle **violencia**, y contra la violencia reclama la **justicia**”.

N.º 32.—“Defraudar a uno del salario que se le debe, es

un **gran crimen**, que clama al cielo venganza. “Mirad que el jornal que defraudásteis a los trabajadores **clama**, y el clamor de ellos suena en los oídos del Señor de los ejércitos”.

Pero además, insiste el Sumo Pontifice en el carácter de **sagrados**, que tienen los ahorros del pueblo, terminando el mismo número en la siguiente forma:

“Finalmente con extremo cuidado deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaños, **ni con los artificios de la usura**; y esto con mayor razón, por estar los obreros insuficientemente protegidos contra quien les quite sus derechos o los incapacite para trabajar; y porque sus deberes, cuanto más pequeños son, tanto más deben ser respetados”.

N.º 64.—“Si el obrero recibe un jornal suficiente para sustentarse a sí, **a su mujer, y a sus hijos**, será fácil, si tiene juicio, que procure ahorrar y hacer, como la naturaleza misma parece que aconseja, que después de gastar lo necesario, sobre algo, con que, poco a poco, pueda irse formando un **pequeño capital**”

Y Pío XI en términos más claros y categóricos aún, añade:

N.º 71.—“En primer lugar hay que dar al obrero una remuneración que sea suficiente **para su propia sustentación y la de su familia**”.

N.º 72.—“Justo es, por cierto, que el resto de la familia concorra según sus fuerzas al sostenimiento común de todos, como pasa entre las familias de los labradores y aun entre los artesanos y los pequeños comerciantes; pero es **un crimen** abusar de la edad infantil y de la debilidad de la mujer. En la casa, principalmente, o en sus alrededores, las madres de familia pueden dedicarse a sus faenas, sin dejar las atenciones del hogar; pero es **gravísimo abuso** y con todo empeño **ha de ser extirpado**, que la madre, a causa de la estrechez del salario del padre, se vea obligada a ejercitar un arte lucrativo, dejando abandonados en casa sus peculiares cuidados y quehaceres, y sobre todo la educación de sus niños pequeños. **Ha de ponerse todo esfuerzo en que los padres de familia reciban una remuneración suficientemente amplia** para que puedan atender a las necesidades domésticas ordinarias.

Si las circunstancias de la vida presente no siempre permiten hacerlo así, pide la justicia social que cuanto antes se introduzcan tales reformas que a cualquier adulto se le asegure ese salario”.

¿Cómo hemos cumplido con estas normas de sentido humano elemental? ¿No es verdad que en muchos casos ciertos patronos tienen más cuidado de los animales o de sus máquinas de trabajo que de sus obreros? ¿No hemos visto a veces las vacas lecheras tener un establo mucho más higiénico y confortable que las viviendas de los inquilinos? ¿Qué nos reprochan los conventillos sobre este particular? ¿Y no se ha visto católicos de nota combatir las leyes que iban a asegurar al obrero el salario suficiente? Nosotros somos los que soplamos en el fuego del comunismo con nuestro proceder egoísta.

Mr. Raphael Sindic, en su folleto “**R**EX”, hablando de la responsabilidad de ciertos católicos en materia análoga a la nuestra, en la página 13 dice textualmente (*mutatis mutandis* podemos aplicar a nosotros esas duras afirmaciones):

“Nous n'apprenons rien a personne en écrivant que Léon XIII et même Pie XI furent traités de socialiste par certains bourgeois catholiques. Qu'on se souvienne de Woeste, le chef incontesté du parti catholique, avant la guerre. N'est ce pas lui qui a dit: “Il n'y a pas de question sociale?” Parole monstrueuse dans la bouche d'un homme dont l'Eglise avait accepté les services. M. Woeste n'a t'il pas voté contre les lois sociales réglamentant le travail des enfants, contre les lois sociales s'occupant des femmes au travail, contre les lois sociales protégeant les femmes enceintes? On peut dire sans crainte de se tromper, que c'est cet égoïsme monstrueux des anciens dirigeants du parti catholique qui a fait le socialisme.

“Qu'on nous entende bien: nous ne disons pas: **permis**, laissé faire, mais bien réellement, **fait**, **provoqué**, **suscité**...”

XIV

Coto a la voracidad de muchos capitalistas.

Las injusticias que cometen muchos industriales, comerciantes, agricultores, etc., que, por el afán de sórdido lucro, estrujan a sus obreros y empleados, dándoles sólo un salario de miseria y de hambre, están ante la vista de todos. Pues, el Papa Pío XI describe este doloroso estado de cosas en su "Quadragesimo Anno", como sigue:

N.º 106.—"Primeramente, salta a la vista que en nuestros tiempos no se acumulan solamente riquezas, sino se crean enormes poderes y una prepotencia económica despótica en manos de muy pocos. Muchas veces no son éstos ni dueños siquiera, sino sólo depositarios y administradores que rigen el capital a su voluntad y arbitrio".

N.º 107.—"Estos potentados son extraordinariamente poderosos, cuando, dueños absolutos del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su gusto. Diríase que administran la sangre de la cual vive toda la economía, y que de tal modo tienen en sus manos, por decirlo así, el alma de la vida económica, que nadie podría respirar contra su voluntad".

N.º 108.—"Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi ordinaria de la economía modernísima, es el fruto que naturalmente produjo la libertad infinita de los competidores, que sólo dejó supervivientes a los más poderosos, que es lo mismo que decir, los que luchan más violentamente, los que menos cuidan de su conciencia".

Después de haber presentado ante nuestros ojos esta dolorosa realidad, el mismo Papa encarece el remedio urgentísimo con lo siguiente:

"Esa organización económica en realidad no es por su naturaleza viciosa, pero **viola el recto orden de la justicia**, cuando el capital esclaviza a los obreros o a la clase proletaria, con tal fin y en tal forma, que los negocios y, por lo tanto, todo el

capital, sirvan a su voluntad y utilidad, despreciando la índole social de la economía y la misma justicia social y el bien común”.

N.º 57.—“Ahora bien, para obtener enteramente, o al menos con la posible perfección, el fin señalado por Dios, no sirve cualquiera distribución de bienes y riquezas entre los hombres. Por lo mismo las riquezas incesantemente aumentadas por el incremento económico-social, deben distribuirse entre las personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llamó “la utilidad común de todos”, o, con otras palabras, de manera que no padezca el bien común de toda la sociedad”.

“Esta ley de justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación en los beneficios”.

Otros puntos ya citados:

“Violan esta ley, no sólo la clase de ricos, que, libres de cuidados en la abundancia de su fortuna, piensan que el justo orden de las cosas está en que todo rinda para ellos y nada llegue al obrero; sino también la clase de los proletarios que vehementemente enfurecidos por la violación de la justicia, y excesivamente dispuestos a reclamar por cualquier medio el único derecho que ellos reconocen, el suyo, todo lo quieren para sí, por ser producto de sus manos; y por esto, y no por otra causa impugnan y pretenden destruir el dominio, interés o productos adquiridos, sin reparar a qué especie pertenecen, o qué oficio desempeñan en la convivencia humana”.

N.º 58.—“Dese, pues, a cada cual, la parte de bienes que les corresponde; y hágase que la distribución de bienes vuelva a conformarse con las normas del bien común y de la justicia social; porque cualquier persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes, por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres.

N.º 61.—“Por lo cual con todo empeño y con todo esfuerzo se ha de procurar que al menos para el futuro las riquezas adquiridas vayan con más justa medida a las manos de los ricos y se distribuyan con bastante profusión entre los obreros; no ciertamente para hacerlos remisos en el trabajo,

porque el hombre nace para el trabajo como el ave para volar, **sino para aumentar su patrimonio; y administrando con prudencia el patrimonio aumentado puedan más fácil y seguramente sostener las cargas de la familia, y salidos de la inseguridad de la vida, cuyas vicisitudes agitan a los proletarios, no sólo estén dispuestos a soportar las contingencias de la vida, sino puedan confiar que al abandonar el mundo, dejan tras de sí a los suyos de algún modo provistos**".

N.º 62.—"Todo esto que Nuestro Predecesor no sólo insinuó, sino **proclamó clara y esplicitamente**, queremos una y otra vez inculcarlo en Nuestra Encíclica, porque si con vigor y sin dilación no se emprende llevarlo a la práctica, es inútil pensar que se pueda eficazmente defender el orden público y la paz y tranquilidad de la sociedad humana, **contra los promovedores de la revolución**".

El último período ¿no contiene acaso una condenación clara de nuestro proceder, casi siempre inspirado en el antiguo egoísmo, más bien que en amor sincero del bien de los pobres y trabajadores?

Antes de cerrar este punto, meditemos un rato las siguientes ideas que el célebre Maritain virtió en una conferencia religiosa habida en Buenos Aires en Octubre pasado. (Ver "Mercurio" de 29 de Octubre).

"No debe olvidarse que lo económico, lo social y lo político están íntimamente dependientes y enlazados con la **Ética y la Religión**. Por lo mismo, lo económico, lo social y lo político interesan y tocan la vida eterna. Esto explica el que la Iglesia reivindique para sí y para su ministerio pastoral ingerencias decisivas sobre la solución de esos problemas".

El problema de aliviar la miseria de los desocupados, p. ej., es por un lado, **ciertamente una cuestión temporal**; pero por otro lado, es también una cuestión de vida eterna. **porque toca un derecho ineludible de toda criatura humana**. Como lo enseña Sto. Tomás, y es por otra parte una evidencia, un mínimo de bienestar, es absolutamente necesario para el desarrollo de una vida propiamente humana y para la práctica de las virtudes cristianas; la miseria, (León Bloy y Charles Peguy lo han dicho suficientemente), es cosa mucho más gra-

ve y aplastadora que la pobreza: la miseria, es para el paciente, un infierno terrestre, es el sofocamiento de todo anhelo humano; es la exclusión injusta y violenta del consorcio de los demás vivos; es la condición más eficaz para llevar a un hombre a la desesperación.

Pues bien, este fuego terrible de la miseria es cuestión de vida eterna bajo dos aspectos distintos: 1) **para el que lo padece**, porque, excomulgado y abandonado de todos, viéndose sin embargo en medio de una sociedad derrochadora, dura e indiferente, **que lo mira con desprecio, respira odio y rebelión** que lo llevan al riesgo de levantarse también en contra de Dios y maldecirle. Claro que Dios es lo bastante comprensivo y misericordioso para tenerle lástima, perdonarle y salvarle; 2) la miseria del pobre es cuestión de vida eterna también **para el rico que lo contempla con indiferencia de corazón** y a veces especula con ella para satisfacción mayor de su egoísmo; y ¿cómo podría ser de otra manera? ¿No son los ricos administradores natos de sus bienes también para sustento de los pobres? Naturalmente, para que los ricos de esta clase, puedan salvarse, les será menester una misericordia cien veces mayor; y además, que pasen por una proporcional purificación de fuego, por el ojo de la aguja, como lo dice N. Señor en el Santo Evangelio”.

XV

Práctica generosa de la caridad social.

¿Cuántas veces los Sumos Pontífices nos encarecen esto? ¿Lo hemos cumplido? Veamos la forma concreta que revistió esa práctica en los pocos, poquísimos lugares donde se escuchó filialmente la voz del Papa.

A) Acercamiento humano, comprensivo, caritativo de los ricos, de los dueños y patrones de fábrica, de haciendas agrícolas, comerciales, **a sus auxiliares**, los obreros y empleados, para conocer todas sus necesidades, considerarlas en al-

go como propias, y ayudarlos en todo, en su salud, su higiene, su instrucción y educación. ¿No es éste un gran deber? ¿No dan acaso los trabajadores parte de su vida integral para ventaja de sus empleadores? Evidente; y entonces, ¿quién no comprende que también los empleadores deben a los empleados parte de su inteligencia, de su corazón, de sus cuidados humanos? Patrón ¿no es acaso extensión del término e idea de **padre**?

B).—La caridad social importa la fundación y sostenimiento (con dinero, cariño y **dedicación personales**) de escuelas y conferencias para obreros, patronatos dominicales, sociedades de socorros, deportes sanos y cristianamente educativos; uniones de seguros, de protección, etc.

C).—Favorecer la prensa sana y moralizadora, y repartirla gratis, fundar hospitales gratuitos para pobres; maternidades para los indigentes, para niños enfermos y deficientes, obras de asistencia social de toda clase, colegios populares de educación, favoreciendo a los más ricamente dotados por naturaleza de talento, etc. Pero todo esto, dado o hecho, no con el frío de la filantropía, sino con el calor, y la luz y la bondad de quien se dedica personalmente, al menos en algunas horas por semana, a atender a los pobres y menesterosos. Los espíritus heridos y los corazones ulcerados no se desarmen con el dinero dado friamente; es necesario para eso el corazón, el alma, el cariño verdadero y sincero.

D).—Por amor a las clases desheredadas, evitar como la peste todo escándalo social, perpetrado por la clase pudiente. Muchos ricos dan malos ejemplos de inmoralidades, de comilonas, de lujos, de fiestas, de libertinaje en las playas, en los paseos, en los bailes, diversiones, etc., escandalizan con sus poligamias, con sus negociados dudosos, con su paganismo triunfante de una hora, etc. ¿Cómo no se va a acentuar cada día el odio, la aversión y las crueles envidias de los pobres en contra de los ricos? ¿y ésta es **caridad social** cumplida en nombre de Cristo? No son estos los sucesores de aquellos negociantes que fueron expulsados del Templo de Jerusalén por N. S. Jesucristo?

Oigamos a León XIII y a Pío XI, en sus inmortales Encíclicas. Leemos en la "Rerum Novarum".

N.º 41.—"Cuando estas verdades se conocen, fácilmente se reprime la hinchazón de ánimo de los ricos y se levanta el abatimiento de los pobres, y se doblegan los unos a ser benignos y los otros a ser humildes. Y de esta suerte, la distancia, que entre unos y otros quería poner la soberbia, se acorta, y no habrá dificultad en seguir que se unan con estrecho vínculo de amistad la una y la otra clase".

N.º 42.—"Las cuales dos clases, si a los preceptos de Cristo obedecieren, no sólo en amistad, sino en amor verdaderamente de hermanos se unirán. Porque sentirán y entenderán que todos los hombres, sin distinción alguna, han sido creados por Dios, Padre común de todos; que todos tienden al mismo bien, como fin, que es Dios mismo, único que puede dar bienaventuranza perfecta a los hombres y a los ángeles; que todos y cada uno han sido por favor de Jesucristo igualmente redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios, de tal manera que no sólo entre sí, sino aun con Cristo Nuestro Señor, primogénito entre muchos hermanos, los enlaza un parentesco verdaderamente de hermanos, y así mismo, que los bienes de naturaleza y los dones de la gracia divina pertenecen en común y sin diferencia alguna a todo el linaje humano, y que nadie, como no se haga indigno, será desheredado de los bienes celestiales. "Si hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo".

N.º 43.—"Tal es la naturaleza de los deberes y derechos que la filosofía cristiana enseña. ¿No es verdad que en brevísimo tiempo parece que se acabaría toda contienda donde en la sociedad civil prevaleciese esta doctrina?"

A lo que Pío XI añade:

N.º 139.—"Todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos

en ara del bien común, sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial, más aún, un solo cuerpo en Cristo, “siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros”, por donde “si un miembro padece, todos los miembros se compadecen”. Entonces los ricos y demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas, y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte los obreros depondrán sinceramente ese sentimiento de odio y envidia, de que tan hábilmente abusan los propagadores de la lucha social, y aceptarán sin molestia el puesto que les ha señalado la Divina Providencia en la sociedad humana, o mejor dicho, lo estimarán mucho, bien persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común, cada uno según su propio grado y oficio, y que siguen así de cerca las huellas de Aquel que, siendo Dios, quiso ser entre los hombres obrero, y aparecer como hijo de obrero”.

¿Cuán a menudo se ha verificado que Patrón católico era igual a Patrón padre?

XVI

El sindicalismo blanco.

¡Con cuánto afán ya León XIII encarecía la necesidad y las inmensas ventajas de la unión de los trabajadores en el nombre de sus más legítimos intereses de hombres y de cristianos! Los católicos no hemos obedecido en esto sino en mínima escala, y cuando se hizo indispensable, una fuerza organizada, no la hemos hallado. El Soviet y el Comunismo tomaron al pie de la letra las enseñanzas pontificias, se organizaron potentemente, y ahora están por aplastarnos con su fuerza. ¿Qué habría sido si hubiéramos obedecido al Papa?

León XIII dedica una gran parte de su “Rerum Novarum”

a este importantísimo tema, y precisamente todos los números de 66 a 82, descendiendo a pormenores que revelan altísima sabiduría. Hé aquí de muestra los números 72 y 75:

N.º 72.—“Cierto es que hay ahora un número mayor que jamás hubo de asociaciones diversísimas, especialmente de obreros. No es éste el lugar de examinar de dónde muchas de ellas nacen, qué quieren y por qué camino van. Créese sin embargo y muy fundadamente, que las gobiernan por lo común, ocultos jefes que les dan una organización que no dice bien con el nombre de cristiano y el bienestar de los estados, y que, acaparando todas las industrias, obligan a los que no se quieren asociar con ellos a pagar su resistencia con la miseria. Siendo esto así, preciso es que los obreros cristianos elijan una de dos cosas: o dar su nombre a sociedades en que se ponga a riesgo su religión, o formar ellos entre sí sus propias asociaciones, y juntar sus fuerzas de modo que puedan valerosamente libertarse de aquella injusta e intolerable opresión. Y que se deba optar absolutamente por este último ¿quién habrá que lo dude, sino es el que quiere poner en inminente peligro el bien del hombre?

N.º 75.—“Pero, en cuanto a la sustancia de la cosa, lo que como ley general y perpetua debe establecerse, es que en tal forma se han de constituir y de tal manera gobernar las asociaciones de obreros que les proporcionen medios aptísimos y de los más fáciles para el fin que se proponen, el cual consiste en que consiga cada uno de los asociados, en cuanto sea posible, un aumento de los bienes de su cuerpo, de su alma, y de su fortuna”.

Pío XI confirma todas estas enseñanzas; y el **Osservatore Romano**, del 25 de Agosto de 1929, con su autoridad excepcional, afirma:

“Si no se constituyen sindicatos cristianos, dadas las actuales condiciones de la vida, todos los sindicatos serán **socialistas**, y, consecuencia inevitable, todos los obreros serán arrastrados a la indiferencia religiosa (**y peor todavía**) porque el sindicato tiene la virtud de tomar al obrero todo entero, y de absorberle en cuerpo y alma”.

He ahí la tarea de vida o de muerte. ¿Cómo nos encaminaremos a ello? ¿Cómo ganarnos seriamente las simpatías del pueblo? **Organizando sabiamente las muchas energías que se gastan en el campo de la beneficencia.**

Aquí también nos llenará de pena el considerar nuestras deplorabilísimas condiciones en esta materia, considerando lo que nos dice el P. Palau de la carencia de organizaciones blancas en Barcelona:

“El problema no es de obritas y centritos para ayudar a la inmensa mayoría del pueblo, sobre todo en las ingentes urbes modernas.

El Dr. Laguarda, como quien se había formado cabe el gran Card. Sancha, arzobispo de Toledo, del cual Emo. Purpurado había sido Obispo auxiliar, a vista de tanta ruina de edificios de caridad y de patronatos obreros, comprendió que la solución no estaba en hacer bien a los que, socorridos, jamás votan en lo político por sus favorecedores, sino en el influir en el obrero por medio del mismo obrero y en cuantas obras los operarios consideran como suyas: cooperativas, mutualidades, y sobre todo sindicatos, puros y simples, es decir, de solos obreros.

El Dr. Laguarda comprendió perfectamente que los discípulos de Ferrer irían a engrosar, como hijos, los más de familias obreras, ese sindicalismo anarquista y tan barcelonés, que había de llegar a la maravilla de organización del sindicato único en cada población eminentemente obrera, el cual en un solo organismo reunía como secciones a todos los sindicatos locales, con una caja única y con una sola dirección, organismo potentísimo del que había de surgir la Confederación Nacional del Trabajo, y en cierta manera la Federación Anarquista Ibérica, entidades que actualmente influyen y por cierto de un modo terrible en la actual guerra civil española.

El Dr. Laguarda, cual si leyere en lo porvenir, dióse en el breve tiempo que vivió, a favorecer en todas maneras a los que habían emprendido la difícilísima tarea de oponer obras de Justicia y Caridad sociales al movimiento anarco-sindicalista.

valiéndose para ello, no de señores, y mucho menos de patrones, sino de obreros, como ha enseñado después S. Santidad Pío XI en la Encíclica "Quadragesimo Anno".

Pero aquí surgió la gran dificultad con la que no esperaba ni temía tropezar el Dr. Laguarda.

Si la nueva sindicación profesional había de ser realmente obrera, preciso se hacía contar con trabajadores sanos, esto es, inteligentes en su oficio, no infectados de anarquismo, ni averiados en lo religioso. Y eso no ya en un sector de tan grandiosa urbe, ni sólo en un oficio, sino en varios, por lo menos, de las profesiones más densas.

Y agravaba la dificultad aludida el hecho de que los sindicatos revolucionarios tenían poco menos que acaparado en toda la urbe fabril el terreno sindical. Preciso era sacar tales primeros elementos, ya de las asociaciones religiosas, ya de las parroquias más populares. Pero ¡ah! Las asociaciones pías no contaban con obreros auténticos, dignos de este nombre, sino con unos pocos, que, casi inútiles en su oficio y cortos de genio, buscaban a la sombra del religioso dirigente y de una aparente piedad, cómo salir de apuros económicos o quizás fomentar su medro personal.

En la búsqueda de tales valiosos elementos obreros se vió claro que esas asociaciones no los podían proporcionar. Ni los trabajadores bien formados profesionalmente acudían a ellas, ni ellas sabían atraer a quienes tan de cerca en el trabajo manual imitaban a Jesús, el "Hijo del Carpintero", y así mismo carpintero El, como su Padre putativo, durante la mayor parte de su vida.

La piedad de tales asociaciones pías era del todo inútil para ayudar a salvar y perfeccionar el alma de los que, para poder vivir, érales de todo punto indispensable el trabajo manual, elevado por Jesucristo a la categoría de ocupación divina.

Pero esos **pioners** del sindicalismo cristiano ¿no se hallarían en las parroquias, siquiera en las más populares, en las de los suburbios, donde moran millares y millares de obreros?

¡Ah! triste es tener que decirlo; en esas parroquias tampoco,

al parecer, habría obreros dignos como profesionales y en quienes se pudiese confiar como católicos”.

Estos los antecedentes dolorosos de los acontecimientos que ensangrentaron tan a fondo la noble región de Cataluña”.

Ahora preguntémonos nosotros, para nuestra casa, para nuestro Chile: ¿Cuántos miles de asociados tienen las organizaciones rojas? ¿Cuántos las blancas? ¿De quién esta tremenda culpa?

XVII

Acalorada exhortación a una economía organizada en corporaciones.

No sólo los Romanos Pontífices se esfuerzan por conseguir los **sindicatos obreros blancos**, que son asociaciones horizontales homogéneas de trabajadores; sino que declaran indispensable para el bien universal de la sociedad, el hacer de cada industria una familia, en que entren todos para el interés del bien común, los patrones, los técnicos, los vendedores, los obreros, y todos los que tienen que ver en la hacienda, formando así una unidad **vertical** que suprime **ipso facto** la desunión y el conflicto entre las dos clases de trabajadores y dadores de trabajo, entre el capital y el trabajador. Y todas las haciendas industriales, agrícolas, comerciales, de navegación, etc., deberían, en la mente de los Papas, ser organizadas del mismo modo **dentro de sí** primero, y unidas después con las otras corporaciones, formando Federaciones, y las federaciones unidas siempre para el bien común, formando Confederaciones, etc.; naturalmente con estudio, con tacto, según lo exijan las condiciones de lugar, de tiempos y pueblos, etc. Varios Estados se han estructurado, en parte mayor o menor, según estos buenos principios; pero nosotros los católicos apenas si hemos atendido a estas ideas, y muchos no conocen ni las enseñanzas del Papa. ¿Este es el modo de llevar la sociedad al bienestar que tanto deseamos? He aquí una voz de Pío XI (que repite a León XIII):

N.º 82.—“La política social, tiene, pues, que dedicarse a reconstituir las profesiones. Hasta ahora en efecto, el estado de la sociedad humana sigue aun violento y por tanto inestable y vacilante, como basado en clases de tendencias diversas, contrarias entre sí y por lo mismo inclinadas a enemistades y luchas”.

N.º 83.—“Aunque el trabajo, como decía muy bien Nuestro Predecesor en su Encíclica, no es vil mercancía, sino que hay que reconocer en él la dignidad humana del obrero, y no ha de ser comprado ni vendido como cualquier mercancía, sin embargo, en nuestros días, según están las cosas, en el mercado del trabajo la oferta y la demanda separan a los hombres en dos clases como en dos ejércitos, y las disputas de ambas transforman tal mercado como en un campo de batalla, donde una en frente de la otra luchan cruelmente. Como todos ven, a tan gravísimo mal que precipita la sociedad humana hacia la ruina, urge poner, cuanto antes, un remedio. Pues bien, perfecta curación no se obtendrá sino cuando, quitada de en medio esa lucha, se formen miembros del cuerpo social bien organizados; es decir, órdenes o profesiones en que se unan los hombres, no según el cargo que tienen en mercado del trabajo, sino según las diversas **funciones sociales** que cada uno ejerce”.

N.º 84.—“Como, siguiendo el impulso natural, los que están juntos en un lugar forman una ciudad, así los que se ocupan en una misma arte o profesión, sea económica, sea de otra especie, forman asociaciones o cuerpos, hasta el punto que muchos consideran estas agrupaciones que gozan de propio derecho, si no esenciales a la sociedad, al menos conaturales a ella”.

N.º 85.—“El orden, como egregiamente dice el Doctor Angélico, es la unidad resultante de la conveniente disposición de muchas cosas: por esto el verdadero y genuino orden social requiere que los diversos miembros de la sociedad se junten en uno, con algún vínculo firme. Esta fuerza de cohesión se encuentra ya en los mismos bienes que se han de producir u obligaciones que se han de cumplir, en lo cual de común acuerdo trabajan patrones y obreros de una misma

profesión; ya en aquel bien común, a que todas las profesiones juntas, según sus fuerzas, amigablemente deben concurrir. Esta unión tanto más fuerte y eficaz será, cuanto con mayor fidelidad cada uno y cada una de las agrupaciones tengan empeño en ejercer su profesión y sobresalir en ella”.

N.º 86.—“De todo lo que precede se deduce con facilidad que en dichas corporaciones indiscutiblemente tienen la primacía los intereses comunes a toda la clase; y ninguna hay tan principal como la cooperación, que intensamente se ha de procurar, de cada una de las profesiones en favor del bien común de la sociedad. Las cuestiones e intereses en que exijan especial cuidado y protección, las ventajas o desventajas de patrones o de obreros, si alguna vez ocurrieren, podrán unos y otros tratarlas aparte, y si lo permite el asunto, determinarlas”.

N.º 91.—“Restablecidos así los miembros del organismo social podrían aplicarse de alguna manera a este cuerpo las palabras del Apóstol acerca del cuerpo místico de Cristo: “Todo el cuerpo trabado y unido recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembros, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad”. (Ef. IV, 16)”.

N.º 96.—“Basta un poco de reflexión para ver las ventajas de esta organización, aunque la hayamos descrito sumariamente; la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial”.

XVIII

Otro punto quemante: la Acción Católica

También el tema de la Acción Católica es muy apto para mostrar nuestras responsabilidades en la marcha del mundo a la miseria moral y a la ruina. Para darnos cuenta de esto hagamos algunas reflexiones preliminares acerca del fundamento teológico de la Acción Católica.

N. S. Jesucristo ha instituido su Iglesia para redimir la humanidad entera, es decir, para darle los medios de purificarse de sus miserias morales, (el perdón de los pecados) y los medios para rectificar sus tendencias morales, para vivir noble y limpiamente la vida, en el aspecto personal, familiar social, económico, etc., para iluminarla de luz divina y principalmente para hacerla crecer realmente injertada en la vida divina de Jesucristo. Todo esto constituye el afán de la Iglesia Católica en su avanzar con la humanidad en las vías de la historia, ganando cada día, con sus medios de apostolado pacífico y divinamente bienhechor, más anchas regiones espirituales para el Reino de Jesucristo. El deber de llenar esta magna tarea corresponde en primer lugar a la parte de la Iglesia que se llama **docente o directiva**, como son el Papa, los Obispos, y con ellos todos los sacerdotes y religiosos consagrados al apostolado. Pero esa tarea de trabajar con diligencia y sacrificio para el bien de las almas le incumbe seriamente también a la Iglesia **discente**, es decir, también a **todos los fieles**, a cada uno según su condición. No es digno de seguir recibiendo la abundancia de los bienes sobrenaturales de Jesucristo el que no trabaja denodamente en usar para sí y participar los que ya haya recibido, para el bien de los demás.

Esto es indispensable para el cumplimiento del precepto fundamental de la vida moral y religiosa, **el precepto de la caridad**. Rehusarse a las obras de apostolado, tales como las entiende la Acción Católica, es quebrantar el primer deber del católico. El cumplimiento de este deber forma de todos un ejército, una familia compacta, animada del mismo espíritu, que es el de Jesucristo, con una única cabeza visible, que es el Papa, regalando cada día en el corazón y en el espíritu los raudales de la Paternidad divina. (Todo esto está con nuevas luces afirmado por Pío XI en su última carta a los Obispos de Méjico, 28 de Marzo de 1937).

Y fijémonos en una ley de la historia, una ley de doble filo: de máxima gloria por un lado, y de máxima responsabilidad por el otro. El mundo es de suyo enemigo irreconciliable de Jesucristo y de su Iglesia; toda vez que la Iglesia, for-

mando un cuerpo compacto, vive generosa con Jesucristo, practicando las virtudes cristianas y el apostolado, que es su fruto más precioso, aumenta el reino de Jesucristo y se reduce el poder del mundo; con el triunfo de Cristo generalmente advienen períodos de paz para todos; pero se verifica también lo contrario: cuando el cuerpo de los fieles afloja en su vida cristiana, y aumenta la negligencia en las cosas religiosas, o la corrupción o el egoísmo, entonces se levantan los hijos de las tinieblas, se hacen más fuertes, y como odian por profundo instinto todo lo que es de Cristo, desencadenan guerras y persecuciones tremendas en contra de la Iglesia y de los fieles. Por eso después de cualquier período de relajaciones y desidias por parte nuestra en el cumplimiento de los deberes fundamentales de la religión y de la moral, se produce alguna catástrofe horrenda, que llama severamente al deber a todos los sobrevivientes. Son las podas del fecundo árbol de la Iglesia, que la Providencia permite que vengan de mano enemiga para mayor grandeza de los periodos históricos posteriores. Los años que estamos pasando son el momento de la poda: ya la guadaña ha entrado en Rusia, Méjico, España, y no sabemos si allí parará ahora.

¿Cómo el punto de la Acción Católica muestra nuestras responsabilidades en el campo de las ruinas que nos rodean o nos amenazan?

Ello puede resultar por tres lados distintos:

a) **Los clamores de los Papas para que nos alistemos en la Acción Católica.** Todos los Papas de este primer tercio del siglo XX y especialisimamente el que gloriosamente nos gobierna, han proclamado al mundo entero (Pío XI centenares de veces de viva voz y por escrito) **la obligación, la necesidad, la urgencia, la insustituibilidad** del apostolado de los fieles bajo la obediencia de la jerarquía eclesiástica. El Papa quiere oponer a tantos males como hay en el mundo una falange victoriosa de almas, tales como las hubo en los principios de la Iglesia, en torno de los Apóstoles, en todas las épocas más gloriosas para ella. Pues, con tantos llamados del Vicario de Cristo para que todos los católicos entren en los cuadros de la Acción Católica, ¿no es verdad que han corres-

pondido pocos? Y si los soldados faltan, ¿cómo se podrán vencer las batallas de Jesucristo? y si el ejército de los buenos es poco aguerrido, ¿qué hará con nosotros el ejército fortísimo de los enemigos?

b) Dentro de la Acción Católica no nos hemos formado ni organizado como el Papa lo requería de nosotros.—Tómese cualquier manual de Acción Católica, cualquier Revista dedicada a ella, cualquier instrucción pontificia o episcopal sobre el tema, y se verá cuánto importa que los socios de la A. Católica se formen en el espíritu cristiano y se organicen en grupos bien disciplinados. Pues, ¿cómo andamos con nuestra **formación espiritual**? He aquí los puntos centrales que debemos hacer vida de nuestra vida, si queremos ser **apóstoles de Cristo, auxiliares eficientes de su jerarquía**:

1). **Pasión ardiente por conocer más a Cristo, su vida, sus ejemplos, sus enseñanzas y su Iglesia, para alimentar con esa luz nuestra alma e iluminar al prójimo;**

2). **Austeridad gozosa de vida cristiana, que siente las cosas de Jesucristo y de su divina Religión muy superiores a todas las satisfacciones de este pobre mundo, muy superiores a los placeres, a la plata, a las ambiciones satisfechas, a los vicios consentidos, etc....**

3). **Acercamiento cristiano, hecho de amor y de justicia social, a los pobres y desheredados de la fortuna, para hacerles más llevadera y cómoda la vida, en el nombre de N. S. Jesucristo, Padre y Redentor de todos.**

4). **Ser ejemplo de probidad, de honestidad, y de rectitud en el santuario de la familia y en todas las relaciones sociales, demostrando con la vida real y concreta que la práctica sincera de la vida cristiana es la que más llena y ennoblece el espíritu y el corazón humanos.**

Una vida digna dentro de los cuadros de la Acción Católica, debe ser práctica genuina del Evangelio. ¿Será verdad que la inmensa mayoría de los miembros de la A. C. comprenden estos caminos de ascensión moral y trabajan denodadamente para andarlos? y si no, las almas no se elevan, y la maldad lleva cada día mayores triunfos, y la causa de Cristo siempre en decadencia.

c). Todo miembro de la A. C. debe estar animado de un gran espíritu de propaganda, de conquista de otras almas para Jesucristo. Eso es el fruto necesario de la labor interior arriba indicada; si falta este último elemento, la A. C. ya no es **acción**. Eso es necesario: "Id y enseñad, dijo Nuestro Señor a todos los Apóstoles; llevad mucho fruto; esos frutos sean resistentes y duraderos". ¿Cómo se llenará esta palabra de Cristo si nosotros no alimentamos incansables inquietudes de trabajar, cada uno en su puesto, para llevar almas a Cristo? ¿Qué tal nuestra correspondencia a estos llamados de Cristo, por boca de su representante, el Sumo Pontífice? ¿No es verdad que muchos dejamos que desear, mirando a la masa entera de los católicos? ¿Con qué derecho nos quejamos después de que los malos se avalancen cada día más encarnizadamente en contra de Jesucristo y de todos los que le siguen más o menos de cerca?

Ahí están esbozadas algunas de nuestras responsabilidades en la marcha del mundo de hoy.

¿Ha sido esta bien intencionada crítica, sólo labor destructiva? No. Cada punto de crítica lleva indicado el derrotero constructor. Eso sí, que se necesitará una dosis poderosa de esa riqueza que se llama **esfuerzo moral**, para disminuir en el fondo de nuestras conciencias todas las fuerzas de mal, combatirlas, y (ojalá fuera posible) reducirlas a la inacción por asfixia, y fomentar ardorosamente las fuerzas de la gracia de Jesucristo, con la oración, los sacramentos, la luz de la fe y la austeridad cristiana. El porvenir no será ni de los cañones ni de los aeroplanos mortíferos, sino de las almas que se sacrifican con Jesucristo en la cruz, en aras del bien de todo el mundo, en la obediencia filial y generosa a todas las enseñanzas y directivas Pontificias. **Per crucem ad lucem.**

*

* *

Acabemos con la palabra llena de autoridad de N. S. Papa Pío XI en la "Quadragesimo Anno":

N.º 147). "Nada debe quedar por hacer para apartar a la sociedad de tan graves males; tiendan a eso nuestros trabajos, nuestros esfuerzos, nuestras continuas y fervientes oraciones a Dios. Puesto que, con el auxilio de la gracia divina, en nuestras manos está la suerte de la familia humana.

N.º 148). "No permitamos, Venerables Hermanos y amados Hijos, que los hijos de este siglo parezcan más prudentes que nosotros, que por la divina bondad somos hijos de la luz. Los hemos visto escogiendo con suma sagacidad activos adeptos, y formándolos para esparcir sus errores de día en día más extensamente entre todas las clases y en todos los puntos de la tierra. Siempre que tratan de atacar con más vehemencia a la Iglesia de Cristo, los vemos acallar sus internas diferencias, formar en la mayor concordia un solo frente de batalla, y trabajar con todas sus fuerzas unidas por alcanzar el fin común.

N.º 149). "Pues bien, nadie en verdad ignora el celo incansable de los católicos, que tantas y tan grandes batallas sostienen por doquier, lo mismo en obras del bien social y económico, que en materia de escuelas de religión. Pero esta acción laboriosa y admirable es en no pocas ocasiones menos eficaz porque las fuerzas se dipersan demasiado. Unanse, pues, todos los hombres de buena voluntad, cuantos quieren combatir bajo la dirección de los Pastores de la Iglesia, la batalla del bien y de la paz de Cristo; todos bajo la guía y el magisterio de la Iglesia, según el talento, las fuerzas o condición de cada uno, se esfuercen en contribuir de alguna manera a la cristiana restauración de la sociedad, que León XIII auguró en su inmortal Encíclica "Rerum Novarum"; no se busquen a sí, ni sus propios intereses, sino los de Jesucristo; no pretendan imponer sus propios pareceres, sino estén dis-

puestos a deponerlos, por buenos que parezcan, si el bien común lo exige; para que en todo y sobre todo Cristo reine, Cristo impere, a quien se debe el honor, la Gloria y el poder para siempre”.

VALENTIN PANZARASA

Salesiano

¡UN NUEVO SERMON PERDIDO!

Un hecho por desgracia deplorable a todas luces manifiesto, es dado constatar en los medios católicos cada y cuando el Sumo Pontífice dirige a la Iglesia, al mundo entero, alguna de sus luminosísimas Encíclicas.

El hecho innegable a que nos referimos es el modo cómo reciben muchos fieles el documento papal en que Su Santidad expone las enseñanzas, determinaciones y deseos que la Caridad de Cristo le urge declarar para bien de todos, de la Sociedad civil y del conjunto de los fieles.

La manera ordinaria de comportarse la mayoría de los cristianos es en este caso la misma con que suele recibir la gente de mundo—saludar, dicen algunos—la aparición sobre algo muy notable de que se habla, de que se discute, que figura entre los asuntos que preocupan y que apasionan a las modernas sociedades. “Hay que enterarse”, murmuran para sus adentros. ¡Enterarse! Nada más. Para ello basta ver qué dicen los grandes diarios, siquiera en resúmenes de agencia noticiosa.

El estado de ánimo de tales católicos no pasa del mero deseo de querer satisfacer la propia y la ajena curiosidad acerca de lo que el Vaticano (sic), según la información cablegráfica de Roma, anuncia a todo el mundo.

Si al asunto de la Encíclica excita de un modo especial la atención del público "ilustrado", además de enterarse del documento pontificio por lo que dicen los periódicos de gran circulación, se procura asistir a algunas conferencias dadas en salones de moda.

*

*

*

El género de predicación, tan antigua, didáctico y apostólico, de Lecciones sacras, aptísimo para exponer a los fieles las enseñanzas de la Iglesia, parece como si hubiese enmudecido en los púlpitos de las iglesias cuando se trata de Encíclicas pontificias. Para oír, expuesta, no fragmentariamente y a la ligera, sino de un modo completo y serio, la verdadera doctrina que enseñan los Papas, diríase que hay que acudir, no a los templos, la casa de Dios, sino a lugares del mundo, donde no se asoma ni puede acercarse el pueblo, tan necesitado de toda enseñanza pontificia y, por el contrario, harto de toda fraseología mundana, saturada de los más abominables errores.

Sobre Encíclicas ya apenas nadie predica exprofeso desde la cátedra sagrada. A lo más, talvez *ad eruditionem ostendendam*, se citan, por ejemplo, la "*Rerum Novarum*", la "*Quadragesimo anno*". Es de buen tono mencionarlas. Y los "*Christi fideles*" se quedan poco menos que en ayunas con respecto a lo que el Papa enseña, ordena o permite sobre materias importantísimas.

¿No es semejante la disposición de ánimo del público en general sobre hechos de parecida resonancia?

Las lecciones pontificias ya no son comunmente enseñanzas del Padre, del Maestro, del Doctor universal de la Iglesia, sino de un hombre notable, de un sabio del día, y cada cual se sitúa en la misma posición de aquellas devotas que, cuando acuden a oír un sermón, no cesan de repetir interiormente: ¡ah si la tal o la cual oyera las cosas que dice este Padre, qué

bien le viene! ¡oh si oyeran los comunistas al Papa, qué bien les pega! Y de ahí no se pasa.

De donde resulta que cada Encíclica es siempre... para otros. Naturalmente, sólo los demás son comunistas. A los que nos enteramos de las Encíclicas por lo que dicen los diarios y conferenciantes, no nos toca, según parece, nada más que hacer.

Ni siquiera los cristianos de la izquierda —¡de la izquierda!— se enteran de lo que dice el Sumo Pontífice, sino en tanto en cuanto las palabras pontificias sirven para persistir... en la izquierda.

¿Qué católico se procura un ejemplar de cada Encíclica, y a solas se afana por leerla, meditarla y examinar si según ella conforma, mejor diríamos reforma, su conducta?

¡Hay que ver la enmienda general que en todos los cristianos se sigue de cada una de esas portentosas Encíclicas papales que como potentes focos desde la cumbre del Vaticano extienden sus rayos de luz por todo el ámbito de la tierra!

A los quince días —triste es tener que confesarlo— a los quince días ya apenas nadie se acuerda de la última Encíclica. Y siendo así, ¿cómo es posible esperar que las enseñanzas del Vicario de Dios produzcan en toda la cristiandad los frutos apetecibles que cada Encíclica se promete alcanzar de las mentes y corazones de los fieles?

*

* *

Persona que se tenía por muy ilustrada de nuestro campo, echándose las de enterada de las Encíclicas, citaba y recomendaba la lectura de la "Rerum Novarum" y "De Conditione Opificum", es decir, que de una sola Encíclica hacía dos, sin advertir que la que lleva por título **De conditione opificum** empieza con las dos palabras **Rerum novarum**. ¡Si tendría leída y estudiada la célebre Encíclica de León XIII en la que tanto se defienden los intereses y derechos del trabajo!

¿No pasará cosa igual o peor tratándose de la "DIVINI REDEMPTORIS" contra el comunismo, en la que con más precisión y valentía que nunca, el Papado sale a la defensa de las clases laboriosas y asalariadas y de la que tantos provechos podría esperarse para bien de los obreros y de toda la sociedad?

Pero aquí se nos ocurre una duda de no pequeña importancia y que nos parece bastante probable, según suele ocurrir cierta gente amiga de enterarse, no más que de enterarse, de cada nueva Encíclica. El Sumo Pontífice condena el comunismo, pero al mismo tiempo sale a la defensa de la dignidad del obrero, del salario familiar, etc., etc., con lo cual ¿no fomentará, dicen, el comunismo?

Muchos demasiado apegados a sus intereses, temen ocurrir así; por eso desean saber lo menos posible de tal Encíclica.

Hay que enterarse —dicen—, no reformarse, ni menos procurar que las enseñanzas papales lleguen a los trabajadores.

G. PALAU, S. J.

De "Criterio", Buenos Aires, N.º 447.
